

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica 1928 Sábado 20 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO

Mitad libres y mitad esclavos.....	Alfredo González	El punto de partida	B. Sanín Cano
La nacionalización de la fuerza eléctrica....		Anécdota.....	Andrenio
El nuevo poema en América y su orientación hacia una estética económica (1).....	Magda Portal	La revisión de Moratin.....	Gabriel Alomar
La expulsión de Haya de la Torre de Guate- mala.....	Carlos Deambrosis Martins	La medalla.....	R. Fernández Guardia
Por la verdad.....	Francisco Machón Vilanova	Página lírica.....	América Bobia de Carbó
		Se ha revelado una poetisa en Cuba.....	Rogelio Sotela
		Tablero.....	

Señores maestras y maestros, alumnas y alumnos de las escuelas de Heredia:

Nada puede ser más satisfactorio e inspirador para mí que la sorpresa agradable que maestros y discípulos de esta ciudad me ofrecen con esta fiesta motivada por haber decretado nuestro Congreso Constitucional la Nacionalización de la Fuerza Eléctrica y de haber sido yo uno de los iniciadores de esa ley. Es satisfactorio este acto porque revela que los maestros de nuestras escuelas, tienen la comprensión perfecta de esa trascendental medida, e inspirador porque con colaboradores semejantes en la enseñanza pública, capaces de darse cuenta de nuestros grandes problemas nacionales, los alumnos de hoy, que serán los hombres públicos de mañana, sabrán poner todo su empeño porque esos problemas se resuelvan siempre en beneficio de nuestro pueblo, sin privilegios para nadie, con igualdad de oportunidad y de recompensa para todos los costarricenses.

Los monopolios son hijos de la ignorancia. De estos monopolios, uno de los más peligrosos, sin duda, es el intelectual, porque los grandes intereses se confabulan siempre con las personas que en una nación lo ejercen, para aprovecharse de la ignorancia de los más y explotar las riquezas naturales y las empresas industriales y de utilidad pública en forma de esclavitud y extorsión para el país y de fáciles y escandalosas ganancias para los monopolizadores. La escuela libre en Costa Rica ha logrado romper ya ese monopolio intelectual. Hoy día se discuten los asuntos públicos por un número de personas mucho más considerable que hace 25 o 30 años, hoy día no se reconocen ya en Costa Rica depositarios únicos del saber en materias de enseñanza, de administración pública, de las ciencias, del derecho, de la medicina, de la política. No. Hoy se analizan todas las opiniones que se emiten en los asuntos variados de nuestra vida nacional y sólo se aceptan aquellos que merecen la aprobación de la mayoría de los ciudadanos por las razones que las defiendan y la justicia que las abone. Y ese admirable resultado es la obra de la escuela. Lincoln decía que un país no podía vivir mitad libre y mitad esclavo. Costa Rica ha sido desde 1821 república libre e independiente en cuanto no ha estado subordinada a ninguna otra nación. Sin embargo, la ignorancia, que es esclavitud, nos ha hecho cometer muchos errores que nos han con-

Mitad libres y mitad esclavos

Palabras dichas por el ex-Presidente de la República Lic. don Alfredo González Flores, en el homenaje que le hicieron los maestros y alumnos de la ciudad de Heredia y profesores y alumnos de la Escuela Normal, el viernes 12 de octubre y en el Salón de Actos de la precitada Normal.



vertido en varios aspectos de nuestra vida económica en víctimas de fuertes intereses que indirectamente han esclavizado gran parte de las actividades costarricenses. Hemos vivido, pues, mitad libres y mitad esclavos, situación intolerable que no puede continuar. La redención de ese deplorable estado de cosas se vislumbra por fortuna ya. Esta fiesta deja ver que así como la escuela costarricense al derramar por igual sus luces sobre todos sus alumnos en el transcurso de varios lustros, ha hecho terminar el monopolio intelectual, tan nocivo a nuestro progreso económico, así también comienza ya a participar en las campañas, fruto también de su labor, que liberan grandes fuerzas productoras aprisionadas por los intereses privados, con el objeto de proporcionar mayor bienestar y felicidad a los costarricenses. Los maestros de Heredia han apreciado lo que significa la Nacionalización de la Fuerza Eléctrica. Ellos se han dado cuenta de que dejar su propiedad y control en manos privadas sería la creación del monopolio más formidable que pudiera contemplarse. No ignoran que sería más poderoso que cualquier monopolio anterior, porque el Monopolio de la Fuerza Eléctrica contiene

y domina todos los demás. Sería dueño y controlaría el poder sin el cual la civilización moderna se vería obligada a detener su desarrollo y progreso. La Energía Eléctrica es la llave de

la civilización moderna. Es la redención del trabajador y la colaboradora en el desarrollo de una vida superior de libertad y confort. Los maestros de Heredia no ignoran todas esas cosas y por eso han querido con sus alumnos hacerse solidarios en esa obra de bien público de la Nacionalización de la Energía Eléctrica y hacerme deudor a mí de su generosidad con esta fiesta tan sencilla y espontánea como expresiva. La medalla que se me dedica y que acepto reconocido, me honra en alto grado y será un estímulo más para continuar con vigor la obra ya iniciada. Acepto, además, este homenaje porque es para mí el símbolo hermoso que representa la escuela de Costa Rica en su labor emancipadora. Ella me dice que el dinero gastado y que se gasta por el Gobierno en explicar por medio de los maestros a las generaciones que se han levantado y se levantan, los valores de las riquezas de nuestro país, es dinero gastado en beneficio actual y futuro de la colectividad y de la independencia económica de Costa Rica. El día que podamos liberar las demás fuerzas productoras que aún se encuentran aprisionadas por grandes intereses particulares como lo hemos hecho ya con la Energía Eléctrica, podremos, sin rubor y con justicia, celebrar regocijados nuestra verdadera independencia. Pienso que en ese camino trajinamos ya y pueden ufanarse los maestros de Heredia de marchar a la vanguardia.

Actualmente se investigan en Washington los procedimientos de las compañías eléctricas para mantener su formidable monopolio contra los consumidores de energía eléctrica en los Estados Unidos. Esa investigación, que ha provocado grandes escándalos, ha comprobado, entre otras cosas, que dichas compañías mantenían dentro de su organización una comisión llamada por ellas de «educación» cuya labor era la de preparar maestros y libros de texto para las escuelas públicas y circular dichos libros en estas últimas. Con este fin la organización aconsejaba a sus representantes en las diversas localidades, que obtuvieran de los profesores de economía política de los colegios que se interesaran por los problemas de sus compañías y dieran de vez en cuando

conferencias acerca de ellos. Ha confesado el *trust* eléctrico que «paga» a sus intereses servirse de los maestros de escuela que ganan seiscientos o mil dólares al año, darles unos cien o doscientos dólares por la prerrogativa de que consultaran su enseñanza y la impartieran de acuerdo con los intereses del monopolio. De este modo han establecido una propaganda tremenda en los espíritus de los jóvenes educandos contra el control y la propiedad del Estado de las fuerzas hidroeléctricas y han declarado que sin ella el reinado de su monopolio sería incapaz de mantenerse. Miles de dólares llevan gastados en esa campaña habiéndose comprobado, entre multitud de cosas que indignan, que al decano de una universidad se le daban quince mil dólares al año simplemente para que con su influencia procurara que los encargados de escribir libros de texto para las escuelas supieran cómo hacerlo en beneficio del monopolio eléctrico.

Las revelaciones de esa investigación han levantado una formidable protesta en la prensa y el público norteamericanos y han puesto de manifiesto la gran importancia que las fuerzas económicas esclavizadoras de

una comunidad dan al maestro de escuela. Si me he referido ahora a ese asunto que agita en estos momentos la opinión pública norteamericana es para contrastarlo con el significado alto y patriótico de esta fiesta de maestros y alumnos de las escuelas de Heredia cuyo móvil no es el oro de la especulación maldita y malsana de unos pocos, sino la visión profética de sus iniciadores de que al nacionalizarse la energía eléctrica en Costa Rica se ha liberado una fuerza económica enorme de las garras de un *trust* extranjero en beneficio de todos y cada uno de los costarricenses.

Por eso en estos instantes me siento orgulloso de ser costarricense y muy complacido de ser herediano. Por eso no puedo ni debo terminar estas frases sin manifestar a los maestros organizadores de esta asamblea, tan sugestiva y simpática, la gratitud que para todos guardo en el fondo de mi corazón y el regocijo que me produce como precursora de una vida nueva para Costa Rica, más libre política y económicamente, y por lo mismo más fecunda en bienes morales, materiales y espirituales para todos sus hijos.

Alfredo González

Heredia 12-X-1928.

La nacionalización de la fuerza eléctrica

Poder Legislativo

Nº. 77

EL CONGRESO CONSTITUCIONAL
DE LA REPÚBLICA DE COSTA RICA

DECRETA:

Artículo 1º.—Las fuerzas eléctricas que puedan obtenerse de las aguas de dominio público en el territorio de la República o de cualquiera otra fuente de energía, son inalienables y del dominio del Estado.

Artículo 2º.—El Estado explotará, por medio de la institución Servicio Nacional de Electricidad que con ese objeto se crea en esta ley, todas las fuerzas eléctricas mayores de quinientos caballos y suministrará, por medio de la misma, al público los servicios eléctricos.

Artículo 3º.—La concesión y el derecho para el desarrollo y aprovechamiento de fuerzas eléctricas menores de quinientos caballos, sólo pueden obtenerse mediante condiciones y por tiempo limitado.

Artículo 4º.—La facultad de dar concesiones de fuerzas eléctricas a que se refiere el artículo anterior, pertenece exclusivamente al Servicio Nacional de Electricidad, el cual tiene, además, el derecho de supervigilancia sobre la utilización de tales fuerzas.

Artículo 5º.—Toda concesión debe expresar su duración, precio y cantidad de fuerza eléctrica.

Artículo 6º.—Caducan de hecho las concesiones para el aprovechamiento de las fuerzas eléctricas a que se refieren los tres artículos anteriores: si ha expirado su término; si destinadas al servicio público cobraren sin autorización del Servicio Nacional de Electricidad tarifas mayores de las establecidas por el mismo; si no han sido utilizadas dentro del término señalado con tal objeto.

Artículo 7º.—Los derechos adquiridos por empresas o particulares, por concesiones del Estado o de las Municipalidades para el suministro de fuerzas eléctricas al público, no podrán ser prorrogadas. Terminarán, pues a su vencimiento, si antes no se declarare su rescisión, nulidad o caducidad por causas establecidas en los respectivos contratos o en la ley. Las plantas eléctricas

municipales, establecidas o pendientes de establecerse al promulgarse esta ley, conservarán su carácter de tales. Quedan, sin embargo, autorizadas las Municipalidades respectivas para hacer arreglos con el Servicio Nacional de Electricidad que les permita aprovecharse de las ventajas de la nacionalización de la fuerza eléctrica.

Artículo 8º.—Facúltase al Servicio Nacional de Electricidad para que por su costo original o su costo actual de reproducción, adquiera una o varias de las plantas eléctricas existentes en el país, siempre que sean de una potencia de tres mil caballos o más, en cualquier momento que sus dueños deseen venderlas y siempre que dicha institución considere conveniente su adquisición para el Estado.

Artículo 9º.—Autorízase al Servicio Nacional de Electricidad para que contrate, tan pronto le sea posible, la construcción e instalación completas de una planta eléctrica de una potencia no menor de diez mil caballos para suministrar fuerza a los pueblos de la meseta central. Igualmente se le

autoriza para establecer plantas en los diferentes lugares de la República de acuerdo con las necesidades de los pueblos, siempre que fueren comerciales, así como para suministrar al público, una vez establecida, el sobrante de la fuerza eléctrica de la Planta Nacional de Poás destinada a la electrificación del Ferrocarril al Pacífico, la cual quedará bajo la administración y control del Servicio Nacional de Electricidad.

Artículo 10.—Toda obra necesaria para establecer plantas eléctricas y la transmisión y distribución de la fuerza eléctrica, se considera de utilidad pública para los efectos de la expropiación de los terrenos o edificios necesarios o para el establecimiento de las servidumbres de toda clase que se estimaren indispensables. El precio de dichos terrenos será un veinte por ciento más del valor declarado por su dueño en la oficina de la Tributación Directa.

Artículo 11.—El Servicio Nacional de Electricidad tendrá el derecho de preferencia sobre cualquier persona o empresa particular, al uso de las calles, plazas y demás lugares públicos, nacionales o municipales, para colocar postes, torres, casetas y demás instalaciones que fueren indispensables para llenar su cometido.

Artículo 12.—Los fondos del Servicio Nacional de Electricidad serán administrados por el Banco Internacional de Costa Rica. Una vez que las utilidades líquidas alcancen por año una suma igual a la renta líquida del monopolio de licores, dejará el Gobierno de ser fabricante y vendedor de éstos con fines fiscales, conservándose ese monopolio únicamente para fabricar y suministrar el alcohol para usos industriales y medicinales.

Artículo 13.—Con el nombre de Servicio Nacional de Electricidad y como parte integrante de esta ley, créase una institución del Estado con domicilio en San José, que será administrada por particulares y bajo la vigilancia inmediata del Poder Ejecutivo. La Junta Directiva de esa institución tendrá a su cargo la dirección, manejo y organización de todos los trabajos necesarios para llegar a establecer en el país, de acuerdo con esta ley, los servicios eléctricos que en la actualidad o en lo futuro pudieran derivarse de la fuerza eléctrica, así como será la encargada de la explotación comercial de los mismos.

Artículo 14.—El Servicio Nacional de Electricidad será regido por una Junta Directiva integrada por siete miembros propietarios y tres suplentes de nombramiento del Poder Ejecutivo. Los suplentes repondrán a los propietarios en sus ausencias temporales. Todos ellos deberán ser personas caracterizadas por su honorabilidad, competencia e

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVEZERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA:

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas. Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA.

idoneidad. La Junta elegirá de su seno un Presidente y un Vicepresidente y determinará los empleados que sean indispensables para el buen manejo de la institución. El Presidente tiene la representación legal del Servicio Nacional de Electricidad. La Junta Directiva adoptará en sus primeras reuniones las disposiciones reglamentarias para hacer efectivos los fines de esta ley y las someterá a la aprobación del Poder Ejecutivo.

Artículo 15.—Los miembros de la Junta Directiva desempeñarán su cometido con absoluta independencia del Poder Ejecutivo y serán, por lo mismo, los únicos moralmente responsables de la administración de la institución. Por igual razón pesa sobre ellos cualquier responsabilidad legal que conforme a las leyes del país pueda atribuirseles. Serán inamovibles, salvo el caso que llegare a ejercitarse contra ellos alguna responsabilidad legal. El Poder Ejecutivo no tendrá intervención alguna en la administración del Servicio Nacional de Electricidad. La Secretaría de Hacienda se limitará a vigilar la marcha general de la empresa.

Artículo 16.—Ampliase en cincuenta mil colones el Presupuesto de este año para los gastos que demande la organización del Servicio Nacional de Electricidad. Todos los gastos que por cualquier motivo haga el Estado por causa de esta institución le serán devueltos por ella, de preferencia, de sus primeras utilidades líquidas. La Contabilidad Nacional abrirá una cuenta especial al Servicio Nacional de Electricidad con ese objeto. Una vez que se cumpla lo estipulado en el artículo 12 de esta ley, las utilidades líquidas del Servicio Nacional de Electricidad se destinarán a la construcción y mejora de los caminos de la República.

Artículo 17.—El Poder Ejecutivo dictará todas las disposiciones que juzgue necesarias para garantizar al Servicio Nacional de Electricidad, la estabilidad y eficacia que al crearlo se ha tenido en mira.

Artículos transitorios:

1º.) Se excita al Poder Ejecutivo para que proceda a declarar la caducidad de las concesiones otorgadas para el aprovechamiento de las aguas que estuvieren extinguidas de conformidad con lo dispuesto por los artículos 7 y 27 de la ley de 31 de octubre de 1910 y del decreto de 16 de setiembre de 1911, respectivamente. De igual modo se le excita para que estudie todos los contratos y concesiones nacionales y municipales relativos al servicio público de fuerza eléctrica y proceda a la cancelación o rescisión de los mismos en los casos que cupieren, de acuerdo con dichos contratos o la ley.

2º.) Cuando las utilidades derivadas de la explotación nacional de las fuerzas eléctricas cubran la renta líquida anual de la Fábrica Nacional de Licores, el Poder Ejecutivo presentará un proyecto al Congreso para reglamentar el transporte, uso y venta de las bebidas alcohólicas, con el objeto de restringir su consumo.

COMUNIQUESE AL PODER EJECUTIVO

Dado en el Salón de Sesiones del Congreso.—Palacio Nacional.—San José, a los veintisiete días del mes de julio de mil novecientos veintiocho.

ARTURO VOLIO,
Presidente.

LEÓN CORTÉS,
Primer Secretario.

J. PADILLA,
Segundo Secretario.

San José, a los treinta y un días del mes de julio de mil novecientos veintiocho.

Ejecútese,

CLETO GONZÁLEZ VÍQUEZ.

El Secretario de Estado
en el Despacho de Hacienda y Comercio,

JUAN RAFAEL ARIAS.

(La Gaceta, 2 agosto 1928).

El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica

Tenemos un solo y grande enemigo: formemos una sola y grande unión.

Latinoamericanos: conquistad vuestra paz.

Trabajadores manuales e intelectuales de América Latina: formad el frente único de la Justicia.

Como pueblo tributario que era, más aún, con una población española dominante en todas las formas de actividad, América no dió—no podía darlo—durante la Colonia, un solo valor artístico que fuera un indicio siquiera de la formidable raza que con caracteres inconfundibles, formó las civilizaciones indígenas—armónicas en sus raíces—de los pueblos que habitaron el vasto continente americano.

Producto de España, aclimatado en el nuevo ambiente, la cultura de las ciudades indoamericanas era nada más que un trasunto de lo que, con los tardatarios medios de comunicación de la época, llegaba a nuestros países, que lo adoptaban servilmente, sin la menor rectificación que diera alguna originalidad. América, de este modo, no era sino una sucursal de Europa, o lo que es peor, de España.

Además, la cultura limitada a las murallas ciudadanas—las principales ciudades coloniales—y aún más, amurallada en el circuito de las clases alta y media, únicas a quienes estaba permitido culturizarse, sus características eran de una patente raigambre española en su estilo, en su forma y en sus emociones, donde la ironía, la gracia y el misticismo religioso, dentro del individualismo, constituían su estructura. El arte, en poder de una minoría, reproducía el espíritu de la clase dominadora.

Lo que racialmente constituía América—el montón de indios hacinados en la más cruel esclavitud, diezmados bárbaramente, analfabetas y fanáticos—vegetaba en silencio, mientras se desmoronaban piedra a piedra, bajo la fiebre destructora de los invasores, las admirables civilizaciones aborígenes.

Largos siglos América ha guardado silencio, mientras el mestizaje incubaba la nueva raza americana—raza cósmica, producto de todas las importaciones, pero ya en mayor proporción la sangre india—para formar los pueblos que hoy se yerguen a la vida, con visión más propia y espíritu propio, y de los cuales todo hace esperar la creación de una nueva cultura Latinoamericana.

Porque tampoco después de la independencia—que económicamente sólo fué el triunfo de los latifundistas y productores nacionalizados por el nacimiento y a veces por un poco de sangre india, de la tutela española—América dejó de ser la colonia espiritual de España, país definitivamente en decadencia.

Como era lógico, mientras se «construía una nacionalidad»—que en México, Perú, Bolivia, Colombia y Venezuela, continuaba con base latifundista y clerical.—España seguía alimentando la cultura de los pueblos de Indoamérica. Y así España, retrógrada intelectual y socialmente, mantenía sus feudos y privilegios espirituales en nuestros países, que atendiendo a las tradiciones de la conquista y al fuerte lastre de importación racial, seguían llamándola «Madre España».

El arte propiamente americano, quedó relegado a las canciones populares indígenas, a las danzas, a los bellos tejidos nacionales, a la alfarería, a los retablos. Siempre a una pobre expresión del alma de un pueblo, sin ninguna posibilidad de mejoramiento intelectual, tan esclavo en la colonia como en la independencia.

A medida que pasa el tiempo y que la cultura europea—ya no sólo española—se filtra por intermedio de las más rápidas comunicaciones y redes tendidas a través de los mares, el arte y la cultura de América Latina toman un impulso creador de más anchos horizontes. Y la influencia decisiva de la cultura occidental se deja sentir en toda la producción artística y cultural de los pueblos latinoamericanos. Se produce el arte puro, el arte de selección propio para mentalidades pasadas por todos los tamices de la cultura universal—arte de exclusiones burguesas y cuyas fuentes de inspiración no pueden encontrarse precisamente en América. De los altos valores que se han producido en Indoamérica, ninguno destaca en americanidad. Hablaremos de los más inmediatos, ya que de las generaciones precedentes, los más notables renunciaron a su nacionalidad americana, para constituirse en glorias francesas: Lautremont, Roca di Vergallo, Laforgue, etc.

Ni Rubén Darío que se descasta para cantar los encantos decadentes de París; Herrera-Reissig, orfebre del verso no americano; José Enrique Rodó, que encarna en cualquier cultura europea; José María Eguren, el primer y único simbolista de América, más comprendido en Europa; Franz Tamayo, resurrector en América del verso griego y el rubayat oriental; ninguno de estos valores, para no citar otros en igual nivel, representa, sin embargo, la cultura naciente del nuevo mundo ni se asoma al espíritu de la raza. Tal vez sí se puede citar como un exponente del mestizaje, que ya había formado una parte considerable de nuestra nacionalidad, a «el viejo Pancho» uruguayo, autor de *Paja Brava*, admirable cantor del motivo gaucho, quien sabe el único que ha sabido interpretar la pampa, con el argentino Martín Fierro, dándole su verdadera entonación emotiva. En México, más tarde, también esporádicamente, Ramón López Velarde, y ahora en Uruguay, en el plano del arte nativo, Silva Valdez, Pereda, Oribe.

Las generaciones que siguen continúan una labor «purista». El arte por la belleza, el sentimentalismo individualista que caracteriza el arte burgués, la aristocracia del gusto. El poeta en la clásica torre de marfil.

Sólo el sacudimiento universal de la Gran Guerra—y su consecuencia inmediata, la Revolución Rusa—ayentan a nuestros países cálidos vientos de nuevas inquietudes. Ya que la Revolución mexicana, que se adelanta a la rusa, con su enorme trascendencia histórica, por lo inusitado de su realización en América, acostumbrada a tomar normas y bases europeas, produjo un estancamiento cultural que sólo vino a salvarse en México, con la posterior culminación de la plástica, dentro de un nuevo sentido estético económico; mas sin llevar su influencia a los demás pueblos de Latino América.

En la hora presente, América vive su momento histórico de más intensa vibración social. Se han oído los llamados de dentro y los de afuera, y donde quiera se advierte la germinación de nuevas inquietudes cuya culminación no está lejos. Los demás pueblos empiezan a mirar a México como el índice que está marcando el camino. Pueblos

en su mayoría agrarios, poseen una insignificante masa de proletariado ciudadano. Pero existe—rezago de la Colonia—con el privilegio latifundista y el clericalismo, la enorme población indígena campesina bajo la férula de estas dos castas que amalgamadas pesan económica y moralmente sobre el 90% de la población total de América.

Y sobre todo esto, una amenaza cada vez más potente se yergue sobre el futuro inmediato de los pueblos de América Latina: El Imperialismo Yanqui.

El Imperio del Norte que camina con pasos retumbantes hacia la conquista de los pueblos indoamericanos, está produciendo la consecuente reacción en todos los espíritus alertas. Ya nadie mira con indiferencia la anexión de las Antillas. Y en cada una de las nuevas conciencias de los hombres de América, repercute en todo su trágica gravedad el alerta heroico de Nicaragua.

La colonización económica de América por los yanquis, trae como consecuencia inmediata la colonización cultural. No necesitamos probarlo. Bajo esta amenaza la raza indígena—principal determinante del movimiento social que se inicia en América—como en el Imperio del Norte, está llamada a desaparecer con su tradición cultural y sus grandes posibilidades en el futuro.

Todas estas inquietudes que azotan con su fuerte voz la conciencia del mundo, tenían que determinar nuevas formas estéticas. No podía permanecer el arte marginado de los movimientos sociales, en su exclusivismo estético. Si el arte responde a su época, y es la interpretación en belleza de los fenómenos sociológicos, la nueva hora de América debía contar en las manifestaciones artísticas, su lógica demostración.

Un ciclo estético sin precedentes florece en la post-guerra. No ya los poetas de los aislamientos aristocráticos, sino aquellos que nacen a la comprensión dentro del nuevo espíritu de las muchedumbres ciudadanas, y cuyos oídos se bautizan con el ruido creador del maquinismo. El nuevo espectáculo—las grandes conquistas del hombre en el terreno de la mecánica—cautiva con su inédita belleza la sensibilidad de los que abren su espíritu en este caos que surge al final de la Guerra, que es multiplicación de la actividad y acumulación de las fuerzas sociales sintetizadas por la máquina.

América también sintió esa ansia de salud y de nuevas energías que experimentara Europa al final de la Guerra y que es como si cada individuo pretendiera acumular en sí la suma de energías eliminadas en los campos de batalla. Nuevos factores se aúnan o sustituyen a los ya empleados en poesía, música y pintura. Se canta al músculo, a la fuerza, a la actividad, a la alegría reconquistada.

En esta generación, el de mayor personalidad—dentro del arte literario de América—fué el poeta Juan Parra del Riego. Resurrector notable del polirritmo, cuenta un interesante libro *Himnos del cielo y de los ferrocarriles* y un segundo libro inédito *Polirritmos* en el cual se encuentran sus bellos poemas deportivos, ágiles, vibrantes, y donde por razón de la métrica, la musicalidad adquiere expresión marcial. Así su *Canto a Unamuno*, *Polirritmo al Jugador de Foot Ball*, el polirritmo a la motocicleta y el *Canto al Motor maravilloso*. Pero Parra del Riego no es sino un exponente de la mentalidad pequeño burguesa.

Sigue el poeta ciudadano, receptor de la emoción dinámica de la vida moderna, que empieza a sembrar su voz desde los rascacielos—panorama maravilloso de las ciudades traficadas por multitudes activas—y desde el dintel de las fábricas, allí donde se asiste al espectáculo de los hombres nulificados que atienden a la total actividad perfecta y asombrosa de la máquina. De

los varios poetas que emergen en esta modalidad estética, citemos al chileno Juan Marin que revoluciona la técnica y el contenido del poema, sustituyendo los «estados de alma» y la visión sentimental de la naturaleza y de la vida, por la exaltación de la vida moderna, donde el poeta es el único traductor de esta nueva belleza amanecida con el zumbido de las hélices de los aeroplanos, con el ruido de los motores y la candente nerviosidad del siglo. Marin es un poeta modernísimo de contextura y de factura, aunque sin ideología definida. No obstante esto último, citamos unos fragmentos de su poema *Superavión*

Sobre el trampolín de los vientos vírgenes.
la mariposa férrea ha brincado.
Un corazón piloto sale a caza
de constelaciones.

Anteojos tetraédricos, chaquetas
impermeables para el desconcierto.
Rrrrrrrrrrr

Cómo zumba el moscardón de la muerte
en los frentes graníticos de las cordilleras!
El espacio es la negación de sí mismo
y el tiempo va caminando hacia atrás...

Rrrrrrrrrrr
la hélice vibrante va trizando
los espejos de niebla del silencio
¿cuántos faroles de la Broadway aérea
puso un alcalde loco en la Vía Láctea?
Una mirada de hombre apagó
cuatro aerolitos apaches.

Con la linterna de sus alas pobres
el hombre entra en el pozo de la mina
y encuentra filones de oro errante.
En los cordeles de las nebulosas
como un pañuelo recién lavado
una luna de lienzo está colgando...

Esta generación es fecunda en altos exponentes de arte, sobre todo el literario. Argentina, Chile—donde se inicia con Neruda a la cabeza un ciclo de poesía pura, metafórica y esencialmente emocional, bajo la influencia del creacionismo huidobreano—Perú, Uruguay, México, Cuba. Pero es una ancha voz indecisa, reflejo del caotismo existente. No se descubre aún el nacimiento de una conciencia americanista, ni menos, una conciencia de clase. El intelectual sigue formando una clase aparte, más inclinada hacia la burguesía, aunque sin definirse. En América confluyen todas las tendencias como existen todos los sistemas sociales.

Esta generación es un puente para la otra, la inmediata, aquella que empieza a ver detrás de la locura de la multitud, del triunfo de la máquina y la poderosa influencia de las fuerzas mecánicas; la tragedia del hombre miserable, la absorción feroz de sus energías. Nueva emoción que traduce el poeta desde su distancia, como el contraluz del paisaje anterior. Y síntoma primero del despertar de una nueva conciencia, comprensiva del espíritu de los más, donde habrá de incluirse a los que nunca tuvieron cabida. El poeta—ya hemos dicho, clase social aparte y en cuyos márgenes caben todas las posibilidades—nos traduce a través de su propia sensibilidad, esta nueva emoción donde ya es posible encontrar signos rebeldes como una señal de los tiempos.

(Seguirá)

Magda Portal

El problema de límites Guatemala-Honduras

UNA vieja cuestión de límites entre Guatemala y Honduras que ahora se resucita es el problema de actualidad en Centroamérica. Dejando para más tarde su estudio detallado de las múltiples facetas que presenta, en este escrito hacemos una simple exposición de conjunto.

Data la cuestión de época lejana, pero entre ambas repúblicas se había mantenido un fraternal dejar pasar el tiempo, buscando siempre a revolverla más tarde por un común acuerdo entre las dos. Nada, pues, indicaba un cambio en la situación ni menos tan violento como el de los últimos meses por parte de Honduras, donde prensa y dirigentes, exagerando la nota, crearon entre las dos repúblicas una situación grave y en extremo difícil. Cambio inesperado decimos, que confirma los rumores que lo atribuyen a intrigas de una poderosa compañía bananera con intereses en Honduras, y a un plan de política local encaminado a distraer la atención del pueblo hondureño de la sucesión presidencial que debe verificarse este año.

Un poco de historia.—Al disolverse la República Federal de Centro América, Guatemala y Honduras formaron dos Estados diferentes, separadas por las Montañas del Merendón, espolón de los Andes que remata en el Atlántico. Así se ve en los mapas oficiales de Guatemala de 1832 y de Honduras de 1886. Así lo enseñan los textos de geografía de ambos Estados. Así consta en la breve noticia que sobre Honduras dejaron escrita los miembros de la comisión científica de Francia en Centro América, breve noticia aprobada por el gobierno hondureño en 1897, y lo que es más, aprobada y publicada por el propio gobierno en varios idiomas.

Las primeras fricciones, tratándose de un lindero no bien determinado, se presentaron entre las autoridades de ambos países en

el interior de la frontera. Esto provocó las Conferencias de Ocotepeque de 1847. Los delegados hondureños se marcharon sin previo aviso, no llegándose por consiguiente a ningún arreglo o conclusión. Igual suerte cupo a otras intentonas de arreglo, en las que Guatemala llevó siempre la voz conciliadora y Honduras, la voz intransigente.

Pero el problema de límites en su forma actual no surge sino hasta la época en que por el cultivo de banano los terrenos limítrofes guatemaltecos alcanzan un valor intrínseco muy superior al que tenían antes deshabitados y vírgenes. Entonces es cuando Honduras, trayendo de los cabellos resoluciones gubernativas de otorgamiento de concesiones que sólo ella y sus políticos conocían, pretende apoderarse de los valles del lado derecho del río más importante de Guatemala.

A partir de 1912 la *Cuyamel Fruit Company*, que había obtenido concesiones para la explotación del banano en territorio hondureño y *gualtemalteco* otorgadas por el Gobierno de Honduras, penetra a territorio de Guatemala, no sin la protesta del gobierno que esta vez como en todas las que Honduras ha ejercido actos de soberanía en dichos terrenos, ha protestado siempre, como lo veremos más adelante.

Un poco de geografía.—Si se reconocen estos terrenos en avión, por ejemplo, a partir de la lámina bruñida del Atlántico que en las costas de Centroamérica recibe el nombre de Mar de las Antillas, se ve hacia el interior la parte de la Cordillera de los Andes que toma el nombre de Montañas del Merendón y que alcanza en su máxima altura 2606 metros sobre el nivel del mar, sistemas de montañas que separa los valles de dos ríos importantes: el río Montagua, del lado de Guatemala y el Chamelecón, del lado de Honduras, ambos con desembocadura en el Atlántico.

Menos azul el panorama, en el linde donde comienzan a distinguirse los árboles, las casas y las personas y animales, ambos valles se ven cubiertos en diversos puntos por una como alfombra de hojas que el viento mueve y dora el sol del trópico, formada por las plantaciones de banano, fruto que tanto del lado de Guatemala (ambos valles del Motagua) como del lado de Honduras, valle del Chamelecón, se cultiva en gran escala. Se ven también a la orilla del mar, los puertos que en playas de ambas repúblicas, dan a a los barcos los productos exportables, el banano principalmente, y les reciben los de importación, poniéndolas en contacto con Estados Unidos y Europa. Del lado guatemalteco, paralelo en varios puntos al río cuya margen derecha pretende Honduras, corre el ferrocarril interoceánico. Hay, pues, hasta cierto punto, una igual naturaleza en ambos lados y un igual orden de cosas.

Face actual del problema.—A partir de 1915, por medio de la *Cuyamel Fruit Company*, a quien se había negado en Guatemala la concesión por ella solicitada de la explotación de banano en los terrenos que ahora motivan el litigio, Honduras principia a descender de las montañas del Merendón que en 1886, sus mapas oficiales señalaban como limite. ¿En qué se basaba Honduras para proceder así? Se basaba en que en 22 de Febrero de 1902 su gobierno había otorgado a Mr. William Frederick una concesión de arrendamiento de 5000 hectáreas de terrenos nacionales, en los que se comprometía parte del territorio guatemalteco, sin protestas del Gobierno de Guatemala, y en que en 1905, ingenieros habían procedido a medir los terrenos de dicha concesión, sin objeción alguna por parte del propio Gobierno de Guatemala.

Estos argumentos se vuelven contra Honduras, porque si en 1902 y en 1905 el Gobierno de Guatemala, que no estaba en la obligación de conocer de tal concesión, ni de su medida, por no haber sido citada como lo establece el Derecho Internacional, no protestó; en cambio, y esto lo confiesa Honduras, protestó y siguió protestando a partir de 1905 cuando se principiaron a ejercer actos de soberanía hondureña en territorio guatemalteco, situación que culmina con la mediación amistosa de los Estados Unidos, en las Conferencias de Washington de 1918.

Sucesos políticos de orden secundario en ambos Estados, dejaron las cosas como estaban.

Nuevos e insoportables avances por parte de Honduras, obligaron a nuevas y más enérgicas protestas por parte de Guatemala, situación que alcanza en crisis las Conferencias de Cuyamel verificadas en abril de este año. Una comisión mixta de guatemaltecos y hondureños, representantes de los gobiernos, acompañada del mediador nombrado por los Estados Unidos, que para el efecto lo fué el Ministro de dicha Nación en Costa Rica, Mr. Roy T. Davis, se reunió en Cuyamel (frontera de Honduras) con el objeto de fijar de común acuerdo una línea divisoria provisional, en tanto más tarde técnicos nombrados por ambos países determinan la definitiva.

Las Conferencias de Cuyamel celebradas en el mes de abril próximo pasado, a pesar de los buenos oficios del mediador que tan alto supo poner su nombre como el de los Estados Unidos y de la actitud conciliadora de la delegación guatemalteca, fracasó en su intento de fijar esta línea divisoria provisional por la intransigencia de la delegación hondureña, tocando a Mr. Davis, por consiguiente, dictar su fallo.

Mr. Davis regresó a Washington para estudiar la cuestión y resolver y las delegaciones a sus respectivos países. Guatemala

en esta ocasión puso por medio de sus representantes presididos por el Dr. Carlos Salazar, actual Ministro de Relaciones Exteriores, al servicio de la paz de Centroamérica, su buena voluntad para cualquier entendido con Honduras que no lesionara sus derechos territoriales, señalados por la naturaleza en las altas montañas del Merendón; por el derecho, por la circunstancia de estar las tierras que Honduras pretende en posesión de guatemaltecos que la cultivan después de muchos años, como lo constató el mediador, y por una razón de vida, de instinto de conservación si se quiere, ya que cercenando su territorio como Honduras pretende, Guatemala perdería por el lado del Atlántico, su seguridad, parte de su ferrocarril, su comercio y múltiples riquezas.

Las Conferencias de Cuyamel entrañan para Guatemala el triunfo moral de su causa, ya que sobre el propio terreno disputado se puso en evidencia que una línea divisoria provisional o definitiva, no podrá señalarse nunca sin tomar en cuenta los intereses de orden político, comercial y económico de Guatemala, así como la seguridad de la defensa de su territorio y de su ferrocarril al Atlántico.

Un nuevo giro toma la cuestión. De acuerdo con los Pactos de Paz y Amistad de 1923 suscritos en Washington por los países centroamericanos para el mantenimiento de la paz y ratificados por Guatemala y Honduras, oportunamente, los Estados Unidos, que desde 1918 vienen interponiendo sus buenos oficios, por conducto de Mr. Kellogg, Secretario de Estado, propusieron a las partes que dicho problema se sometiera a un tribunal de arbitraje funcionando conforme lo establecen los Pactos de Paz y Amistad citados.

Guatemala, fiel a su política exterior de buen entendimiento y acercamiento a los países de la América Central, a su amplitud

de miras, y segura como está de que lo que defiende es suyo y muy suyo, con unánime aprobación de la Asamblea Nacional convocada para el efecto a sesiones extraordinarias, aceptó la propuesta de arbitraje sugerida por Mr. Kellogg que se atreve a insinuar que la línea común divisoria entre Guatemala y Honduras debe fijarse por un tribunal de arbitraje tomando en consideración los intereses políticos, económicos y comerciales de ambos países. No otra cosa pide y seguirá pidiendo Guatemala. Honduras, en cambio, se ha negado a aceptar el arbitraje, siendo esta la situación del problema en los actuales momentos.

La negativa de Honduras encarna su derrota. Se niega porque se siente vencida. La naturaleza, el derecho y los hechos marcan la línea divisoria en lo más alto de las Montañas del Merendón. Otra cosa sería crear entre ambos países una atmósfera de constante inquietud. Así lo han comprendido los Estados Unidos, en cuyo interés está por los nexos comerciales que los unen a estos países y sobre todo a la costa del Atlántico que es por donde se comercia con Nueva Orleans y Nueva York, el mantenimiento de la paz. Las pretensiones mínimas de Guatemala no van ahora más allá de lo que le ha pertenecido siempre: las cimas de las Montañas del Merendón. Honduras, en cambio, pretende bajar de aquí a los feraces valles del río guatemalteco más importante, y apropiarse de tierras que cultivan guatemaltecos. De lo alto de dichas montañas al Río Motagua, cuya margen y derecha ambiciona Honduras, no hay un sólo rancho ni un sólo palmo de tierra donde viva o que cultive un hondureño.

En números posteriores publicaremos toda la documentación de este asunto bastándonos por ahora haber hecho sucinta exposición de un problema que puede perturbar la paz de Centroamérica.

Miguel Angel Asturias

París, 1928.

La conferencia de Haya de la Torre

PATROCINADA por un grupo de hombres nuevos que no temen, y antes bien quieren conocer la verdad de nuestra situación internacional frente al fenómeno de expansión de la fuerza económica norteamericana, el misionero del credo Civil Hispano-Americano, Haya de la Torre, construyó anoche en el Teatro América la admirable conferencia cuyos puntos de vista, nuevos para nosotros, ya nunca olvidaremos.

Adrede usamos los términos *construyó su conferencia y puntos de vista nuevos para nosotros*, porque la *oración* de este arquitecto de la dialéctica objetiva no fué un hacinamiento de palabras rimbombantes coronadas de gritos—que ha sido lo usual en nuestro ambiente en tratándose del manoseado imperialismo nórdico que nos amenaza—sino una admirable yuxtaposición de hechos y de números, de realidades vistas al través del lente *económico* que es el vidrio bajo el cual deben mirarse ahora todos los fenómenos de la sociología y de concreciones estadísticas irrecusables; todo ello empleado con arreglo a la disciplina armónica de una palabra persuasiva y sobria que en todo momento coloca el término preciso, con esa precisión de fogonazo que ilumina de pronto largos trechos de la intrincada exposición, y de un accionado flexible y vigoroso que preside, explicándolo de previo, el vocablo tendencioso que así armado de convicción llega a lo recóndito de la conciencia colectiva, o sigue, completándolo, el sentido gráfico y desnudo de sus rotundas afirmaciones.

Fué sencillamente presentado por nuestro García Monge de quien luego el conferencista dijo con exacta justicia que, «cuando Costa Rica se vea envuelta en una dificultad que reclame el aliento de los pueblos de nuestro mismo origen, será la suya la única voz que habrá de escuchar con eficacia el Continente». Y nuestro representante moral más descotado al hablar del conferencista y del señor Jobilois, otro peregrino del grande ideal que pasa actualmente como un meteoro por el *limpido azul de nuestro cielo tropical*, los delineó como estampas vigorosas salidas de la obra de Martí.

Desde el principio clavó en nosotros la palabra encendida de Haya de la Torre el dardo de la inquietud reveladora. Si efectivamente el verbo de García Monge, surgido de la oscura modestia de su vida de pensador que vive su doctrina, será el único que logre atronar los ámbitos continentales a la hora en que nuestra tierra se conmueva ante las embajadas de la tempestad, han perdido lastimosamente su tiempo y su dinero tantos profesionales del internacionalismo oficial como presumen por aquí de ser los exponentes naturales de la entidad costarricense.

Consagración hermosa es ésta para el joven maestro de Costa Rica, que lo señala implícitamente para una situación de pararrayos emplazado en el centro de su tierra, y que hará de él en un futuro que acaso no esté lejano, otra de esas estampas de recia contextura cuyos perfiles llegan a con-

fundirse con los contornos precisos de una efectiva nacionalidad.

Nosotros asistimos a la conferencia—a pesar del estado aún precario de nuestra salud—llevados en primer término por nuestro deber de combatientes y en segundo lugar movidos por la gran curiosidad de ver si alguna vez podía llegar a tratarse aquí en forma científica y serena, fuera de la atmósfera maleante del personalismo agostador y del mañoso cálculo de la politiquería, ese magno problema que, por llevar, o mejor dicho por ser en sí un fenómeno biológico y por lo mismo natural, no puede ser tratado con el fácil empirismo del grito y del desplante inocuos que no son, en resumen de cuentas, sino inofensivas piedrecillas colocadas con minúscula arrogancia en el camino sobre el cual se realizan las incontenibles jornadas de la Naturaleza. Y nuestra curiosidad tuvo una muy grata satisfacción. Por primera vez se ha situado aquí el problema en el campo económico y por primera vez se ha dicho que tienen que ser de carácter estrictamente económico los medios que han de emplearse para oponer una resistencia capaz de vencer la enorme presión natural que nos constriñe desde el norte. Por primera vez también se expone con objetiva claridad ante nuestras muchedumbres la razón profunda de ese desequilibrio que todos notamos, sin haber acertado jamás a explicarlo, entre nuestras instituciones políticas avanzadas y la modalidad retardataria y regresiva de nuestra idiosincracia colectiva. Y ello constituye para nuestros hombres de estudio un acontecimiento singular que hace pensar con derecho en la fortuna que hoy tiene Costa Rica al contar en su seno—siquiera sea de paso—a un verdadero precursor de los magnos acontecimientos que se preparan.

Nosotros diferimos modestamente del criterio de Haya de la Torre en algunos puntos que no son fundamentales.

Por ejemplo, creemos en el Panamericanismo, no como un pan que han de engullir los americanos del norte, sino como un formidable instituto de política continental formado por las dos grandes organizaciones económicas, cuando la nuestra logre ponerse a nivel de la anglosajona merced a los

métodos de rectificación que seguramente el conferencista habrá de sugerir en próximas disertaciones.—Es decir, nosotros creemos en la posibilidad de ese pan que ha de ser alimento y sostén de todos los americanos.

También nuestro criterio lleno de amplitudes y cerrado por naturaleza al despropósito de los prejuicios, nos induce a no considerar peligrosa, y antes bien fecunda y aprovechable, la *ofensiva cultural* que el orador señaló como uno de los peligros integrantes del gran peligro imperialista que nos amaga. Pensamos con esperanza que la invasión de la cultura anglosajona constituirá

más bien una fuerza apreciable auxiliar de nuestros empeños de resistencia y de nivelación. Las armas con que Sandino, el héroe legendario de esta hora, destroza las incursiones bucaneras, son precisamente las propias armas tomadas al invasor que se tornan elementos defensivos de primer orden en manos de los patriotas que defienden el tesoro de su soberanía.

Pero ello no empece que aplaudamos con frenesí jamás sentido la vibrante y objetivamente abrumadora exposición de este profeta anunciador de nuevos tiempos para el criollismo abúlico y sedante que es el origen de nuestras desventuras.

José María Zeledón

11 de octubre de 1928.

La expulsión de Haya de la Torre de Guatemala

Cuidemos todos la vida de Haya de la Torre porque es necesaria para la libertad de América.

José Ingenieros

Haya de la Torre, cuyas ideas políticas no es del caso discutir, pero cuya sinceridad dentro de ellas nadie puede negar.

Santos Chocano

La prensa centroamericana que nos llega a Europa después de tres semanas de rudo navegar por el Atlántico, nos impone la espectacular y vergonzosa nueva de la arbitraria expulsión de Guatemala de Raúl Haya de la Torre, ciudadano continental de las más altas y nobles idealidades y uno de los actores y organizadores dinámicos y reflexivos más distinguidos «de las luchas actuales de nuestra generación en el orden anti-imperialista».

Leemos en el número correspondiente al 23 de agosto pasado del *Diario de Guatemala*, la siguiente información aparecida en primera página: «Tal como lo anunciamos en nuestra edición de ayer, el señor Víctor Haya de la Torre, líder anti-imperialista que a su paso por los países de América desarrolla una campaña en pro de la libertad latinoamericana, con rumbo a El Salvador, fue expulsado anoche a las doce y cuarto de la noche por órdenes de la Dirección de la Policía Nacional, sin declararse el motivo de ésta drástica medida y sin darle tiempo siquiera para que preparara las cosas más indispensables para efectuar su involuntario viaje».

Desde la Inspección de Policía donde Haya de la Torre estuvo detenido hasta su traslado forzoso a la frontera salvadoreña, redactó varias cartas, dos de ellas dirigidas a la prensa guatemalteca. En la misiva enviada al *Diario de Guatemala*, de la capital de ese país, escribe el valiente escritor peruano:

«Ante uno de los redactores de su digno órgano periodístico acabo de ser detenido, y ante él mismo notificado que seré expulsado del territorio guatemalteco a media noche. Este atropello no necesita de mis comentarios; los dejo a la prensa libre y a la opinión de su país que ha sido tan noble conmigo. No se me han concedido ni los derechos elementales que exige la dignidad humana, ni los plazos mínimos que se conceden aún a los criminales convictos. Mi saludo cordial por intermedio del *Diario de Guatemala*, que tan noblemente ha secundado mi acción, y los votos más sinceros porque el noble pueblo guatemalteco no pague a ningún precio la libertad de pensamiento, que es patrimonio de las naciones libres. Y una vez más mi palabra de execración contra el imperialismo extranjero que impone en nuestros países estos atropellos que avergüenzan a nuestra América».

En otra carta que el director de *Apra* dedica a los diarios *La Idea*, *La Epoca* y *La Batalla*, de la ciudad de Quezaltenango, extractamos el siguiente párrafo, elocuente por sí solo:

«Notificado por la Policía Nacional, debo abandonar mañana mismo tierra guatemalteca por ser persona no grata a la Legación Norte Americana. Se me expulsa en nombre de «los intereses de la Patria» que según la entienden el imperialismo y sus servidores no es sino la celestina de la prostitución nacional. No quiero pasar las fronteras del país sin enviarles a ustedes mi palabra de adiós y mi último mensaje de aliento. Ustedes están librando una campaña de una prensa honrada y patriota. Por eso, la otra prensa y los intereses del imperialismo les ataca. Ha sido un periódico, *Nuestro Diario*, el iniciador directo del proyecto de deportación largamente madurado por la Legación Norte Americana. Pero esta nueva experiencia significa para mí una nueva victoria. No me arredra, sino al contrario, me hace fuerte. Seguiré luchando contra el imperialismo sin desmayar, seguiré luchando por la unión de nuestra América sin que nada sino la muerte pueda arrojarme. Ustedes, que con tanta honradez y valentía vienen luchando, deben seguir adelante. La única garantía que pueden tener, ya lo vemos, es la de la opinión pública. Hay que demandar esa garantía que es la más valiosa cuando los poderes vigilantes de los derechos constitucionales carecen de libertad».

Estos dos documentos del Sr. Haya de la Torre—nuestro compañero con José Vasconcelos en el Congreso Anti-imperialista de Bruselas—, explican harto bien los móviles que ha tenido el gobierno de la República hermana para cometer el grave atentado que registramos en las presentes líneas.

¡Mal parados andan ahora los apóstoles del anti-yanquismo en una época de caudillos envalentonados y xenófobos analfabetas! Todavía en 1928 es un crimen que se castiga con la deportación—y hasta con el asesinato y la cárcel—, cuando el Visionario quema desdeñosamente sus naves predicando el reino del Espíritu. Es un delito—¡y qué terrible delito!—, el propagar un acercamiento hispanoamericano afirmativo, porque ello significa en el fondo y en la realidad, la condena automática de los falsos ídolos que han escalado las posiciones directivas gracias a la complacencia de la Sirena del Norte y al oro ruin de los Empréstitos; este oro en billetes de Wall Street que enrojece el rostro de las conciencias limpias y hace sonreír con gesto capuloso e insolente a los que han vendido su alma al diablo.

El viaje de Haya de la Torre al Nuevo Mundo para continuar y consagrar *Sur place* la admirable campaña en favor de la eman-

Invitación

Los suscritos tenemos el gusto de invitarlo a una conferencia que dará en el Teatro América a las 8.30 de la noche el señor Raúl Haya de la Torre.

Tratará: El problema histórico económico social y político de las dos Américas.

Como es de interés nacional la conferencia, le rogamos no deje de asistir. En un régimen de opinión como en el que vivimos, es necesario que todos los ciudadanos se den cita para escuchar a un orador que tiene el don y el valor de promover ideas y la costumbre de que se las discutan, y de ampliarlas, si el auditorio así lo pide.

Como a la juventud le corresponde cierta acción social en estas jornadas, la invitamos expresamente. También invitamos cordialmente a los maestros y obreros de la ciudad, a quienes de por sí les toca interesarse por cuanto a la patria se refiera. Como ante las damas de Costa Rica se puede hablar sin miedo de la libertad, también las invitamos cordialmente.

El Sr. García Monge hará la presentación del orador.

Dr. Ricardo Moreno Cañas, Omar Dengo, Dr. Alejandro Montero, Joaquín García Monge, Carmen Lyra, Carlos Luis Sáenz, Marco Aurelio Zumbado R., Víctor Manuel Quesada, Rubén Coto, Juan José Vega, Jaime Coto, Arcadio Argüello, Julio Padilla, Mario Fernández A., Emilia Prieto, Rafael Estrada, Francisco Pereira, Jesús Vega O., José Avalos, Luisa González, José María Zeledón Brenes, José María Chinchilla A., Francisco Amiguetti R., Fernando A. Quirós M., Octavio Jiménez, Jorge Cardona, Carlos Collado.

LA ENTRADA SERÁ GRATUITA

cipación de nuestros pueblos, fué acogida con palabras de aliento por los maestros del pensamiento continental. Manuel Ugarte le dirigió desde Niza un fervoroso mensaje felicitándolo por esta cruzada ideal:

Con entusiasmo y admiración inclino, como una bandera, mis veinte años de lucha, en vísperas de la acción que ha de reunidos muy pronto. Usted que tan noblemente ha ganado el prestigio que le rodea, será el intérprete de mis sentimientos de compañerismo y fraternidad continental.

A medida que pasan los años nos vamos convenciendo que el hispanoamericanismo es un mito, una fórmula amable, cómoda, oportuna y que suena discretamente en los brindis diplomáticos y en las fiestas de la Raza. Pero nada más. Hace apenas pocos meses nos referíamos a propósito de la magnífica exposición de Froylán Turcios al Congreso de Honduras:

«Después de un siglo de propagandas hispanoamericanas, que surgieron sin duda con nuestra independencia—decíamos nosotros en ese entonces—, somos todavía los mismos regionalistas intolerantes, de hueso colorado de antaño. Quizás lo somos más que antes. Es falso de toda falsedad que nos sintamos nacionales o ciudadanos de otro país de América que no sea el nuestro, y muchas veces hasta en nuestra propia ciudad natal nos consideramos extranjeros...

»Hasta que esas barreras regionalistas—murallas chinas de un equivocado nacionalismo integral—no desaparezcan de nuestra geografía política, todo intento que se haga en favor de una Gran Patria Continental—el sueño del Quijote americano—, será labor ineficaz y esfuerzo inútil. Destruyamos ante todo nuestro egoísmo y nuestro mal fundado orgullo nacional, y aceptemos sin condiciones que todos los hermanos de Iberoamérica vengan a nuestra casa a discutir nuestras glorias, nuestros gobiernos, nuestras leyes, nuestras virtudes y nuestros defectos. Abandonemos por ahora todo otro designio que no sea el de trabajar—no en banquetes y discursos oficiales—por la verdadera y efectiva unión iberoamericana. Trabajen todas las mentalidades bien intencionadas para que cada país hispano del Nuevo Mundo reconozca los mismos derechos cívicos y políticos a todos sus habitantes. Que tengamos todos los ciudadanos de la lengua castellana idénticas prerrogativas, en América y en España, sin que se nos insulte o se nos expulse de ningún territorio hermano, echándonos en cara hospitalidades que no son siempre tales, por haber criticado o atacado a gobiernos y entidades que, según nuestro modo de pensar, atentaban contra la soberanía de la nación, y por ende, contra la soberanía global de todos los Estados de nuestra América».

.... Somos extranjeros en todas partes; una campaña de silencio se ha desencadenado contra la libre conciencia. Por fortuna, quedan aún periódicos honrados que dejan oír su palabra valerosa y vibrante para defender con altivez y dignidad los derechos del Hombre y del Ciudadano.

Pienso con melancolía que no se puede predicar eternamente en el desierto. Ya no le quedará bien pronto al Luchador otro recurso que refugiarse en su mundo ilusorio como protesta muda ante los hechos flagrantes que se consumen día por día en las democracias jóvenes envejecidas prematuramente. Cerradas todas las puertas, sólo permanece abierta timidamente la morada del Espíritu, el reino interior.

La América aislada en sus provincias indefensas, no le resta ahora ni el consuelo íntimo de una voz optimista. Nos desgarramos como enemigos y la Gran Patria se descasta. Hablamos aún el idioma de Cervantes. Pero en fecha no lejana no podre-

mos ni emplearlo para evocar con nostalgia nuestras antiguas y legítimas glorias...

¡Pobre sueño el de Bolívar y el de los demás Libertadores! Pobre sueño el de todos! ¡Pobre sueño también el de Ugarte! ¡Ilusorio sueño el de toda la juventud hispanoamericana! Los veinte años de lucha de que habla el sabio pensador argentino en el mensaje a Haya de la Torre, fueron pisoteados en un segundo por una orden de expulsión firmada por un comisario de Policía!

La América nuestra se nos escapa de las manos. Poca cosa, miserable página de historia legaremos a los hombres del mañana. ¡Quién sabe cuántas generaciones pagarán por nosotros este pecado contra el Espíritu!

Carlos Deambrosis Martins

La Brède, Gironde, Dominio de Montesquieu, Setiembre de 1928.

Del Sr. Ministro de El Salvador hemos recibido la siguiente carta:

Por la verdad

San José, 15 de octubre de 1928

Sr. don Joaquín García Monge,

Director del *Repertorio Americano*,

Ciudad.

Distinguido amigo:

No ha sido sino hasta hoy que he leído el número 13 del tomo XVII del *Repertorio Americano*. En ese número me he encontrado con un escrito que se anuncia con el epigrafe *Una rectificación y una denuncia*. Los conceptos de ese escrito, además de estar muy lejos de la más elemental conveniencia social, no son la expresión de la verdad. Por eso escribo a Ud. esta carta, destinada, no a rebatir directamente al autor del escrito a que he hecho alusión, sino a desvanecer errores que respecto a mi país y a su Gobierno hayan podido establecer en los que no nos conocen, las afirmaciones de un gratuito malqueriente de El Salvador.

Afirmo que no es cierto que la prensa de mi país esté amordazada, como dice el articulista; porque si eso no fuera así no se habría publicado en el diario de San Salvador *Patria* el artículo severo y valiente de Alberto Masferrer que se reproduce en el mismo número 13 del *Repertorio* y que se titula *No hay tal doctrina Monroe*; ni se habrían publicado las dos composiciones poéticas de Carlos Bustamante y José Llerena, dedicadas a Sandino, las cuales podrá Ud. ver en la revista *Laureles*, de la que le acompaño un ejemplar.

Afirmo que lo dicho por el autor del escrito *Una rectificación y una denuncia*, sobre que el Director de Policía de San Salvador está a sueldo de la Legación americana allá y que del jefe de ésta recibe aquél órdenes diarias y directas, es una mentira tan torpe como mal intencionada. Ud. comprende que no podrían haber documentos en mi mano para probarle la verdad de esto que afirmo en este párrafo; pero no se escapará a la penetración de Ud. la circunstancia de que, si realmente existiera la intervención extranjera en mi patria, en la forma en que el articulista lo dice, no sería del modo indicado como tal intervención se ocultaría. Es necesario haber traspasado los límites de la inocencia, o los de la perversidad, para asegurar el afán de ocultar una intervención semejante en un procedimiento que habría de descubrir el primer obtuso que nos visitara.

Afirmo que el actual Presidente de El Salvador, doctor don Pío Romero Bosque,

es un hombre enérgico, digno, capaz y bondadoso, que está en el poder por la voluntad libre de todos mis compatriotas, salvo contadísimas y muy explicables excepciones. Es enérgico, porque así lo demuestra su actitud ante el fracasado golpe militar del 6 de diciembre de 1927. Es digno y capaz, porque en todos los puestos públicos que ha desempeñado en mi país, desde el de Juez de Primera Instancia, Diputado, Ministro de Estado, Representante Diplomático, Presidente de la Suprema Corte de Justicia, etc., jamás se le ha señalado con tacha alguna, ni en su integridad, ni en su competencia, ni en su actividad. El firmante del artículo de que me ocupo, lo insulta con palabras indignas de un hombre cultivado, y resume su despecho llamándolo «senil»... Los años del doctor Romero Bosque son el signo de una preciosa experiencia; sus canas son el atavío de una nobleza jamás desmentida.

Soy un propagandista convencido de la unión de la raza. Más de una vez he puesto mis escasos poderes al servicio de esa causa, y lucho con fé y sinceridad por establecer vinculaciones entre nuestros pueblos, por el esclarecimiento de sus legítimos derechos y prestigios. Por eso me duele encontrarme con escritos que, como ese que inspira estas líneas, pretenden divulgar normas de fraternidad con la menguadísima retórica de las pasiones. ¿Qué puede sembrar en espíritus que la disgregación amarga y debilita, un razonamiento que se expresa en cifras de odio y de venganza?

¿Creerá el pseudo propagandista de la solidaridad hispano americana que escribió el artículo a que me refiero, que sus insultos a los hombres que gobiernan en mi país hallarán acogida y fiorecimiento en los corazones de los salvadoreños? ¿Será con la mentira y el insulto como se hará unión de raza? ¿Será ese el procedimiento proficuo que inspire un amor general entre estos pueblos? ¿Podrá hablar de fraternidad quien la desdice en su lenguaje, quien la combate con sus actitudes, quien la destruye con el pringue oscuro de sus egoísmos?

En un proceder así no hay apostolado, ni siquiera es ello fruto de una sinceridad honorable. Los insultos no convencer; y la malicia que se emplea para lanzarlos entre un vano palabrerío de aparente divulgación de idealidades, demerita la causa, destiñe el entusiasmo que acoge todo lo bueno, y deshonra a quien la usa.

Habrán muchos espíritus serenos que al leer tan insólita forma de convencimiento, tan descalificado afán de propaganda, se han de preguntar a estas horas si no están en presencia de una añagaza; si la voz que tanto desarmoniza con los imperios de la cultura, no es sino el grito ronco y existente de una necesidad de subsistencia. Muchos ha de haber ya desalentados ante la duda de que ese AMOR DE RAZA que dice inspira el articulista que llenó columnas del prestigiado *Repertorio Americano* para insultar a mi país, a sus instituciones y a sus hombres, no sea más que una engañifa, una etiqueta falsa que encubre al ojo avisor de la moral, un bagaje de trampas y martingalas.

La solidaridad y la cooperación de la raza en sus actividades de progreso y de defensa, es cosa que nadie discute. Lo que no se puede aceptar es que para propagar una causa noble haya necesidad de predicarla en un lenguaje deslucido por el insulto y la perfidia; y que para sustentarla se apele a una insidiosa filatería que exita directamente los bajos instintos populares de rencor y de venganza.

Excuse lo extendido de mi carta, mi distinguido amigo, y créame su siempre obsecuente servidor,

Francisco Machón Vilanova

El 25 de setiembre (1) es no solamente una fecha histórica: se debe conservar, además, y acaso principalmente en la memoria como un suceso de grande interés para la etnología de dos pueblos. La conspiración contra el Libertador es una fecha etnológica. Hasta ese día los hombres que habían soñado con una república de grandes dimensiones asentada en las bases del sentimiento, de heroicidades comunes y más que todo en la necesidad de la defensa contra enemigos formidables pudieron haber creído en la posibilidad de su realización. De esa noche en adelante el sueño se había desvanecido. Persistían sin duda el sentimiento del común origen y el recuerdo de catorce años seguidos de lucha contra un poder superior, tenaz sobre todo en los empeños ilógicos. Pero ese poder ya no estaba en armas, se había debilitado en luchas intestinas, estaba demasiado lejos: no había que temerlo.

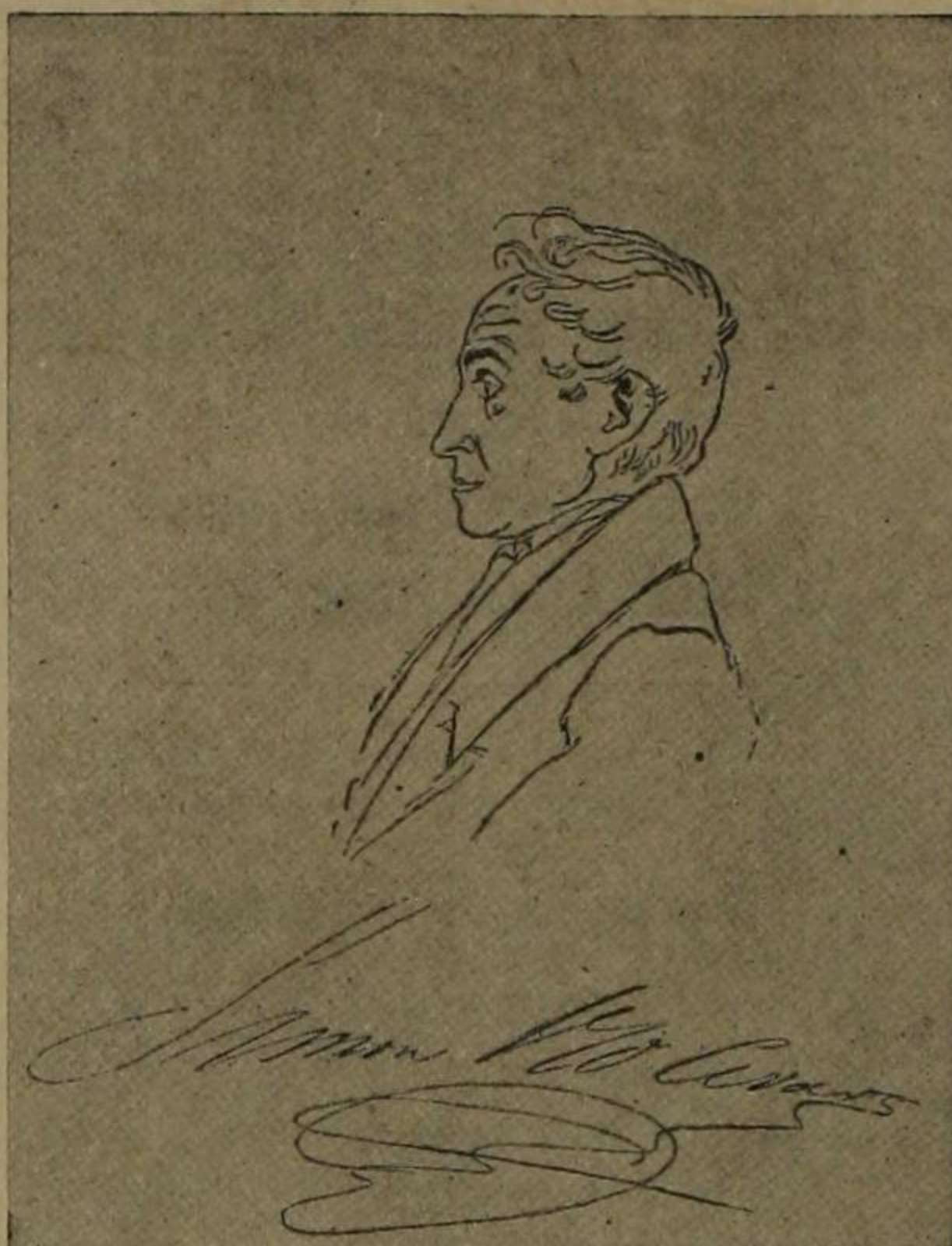
En el interior continuábamos siendo hermanos, pero éramos muy diferentes, sin contar con que la distancia a que estaban los dos centros culturales, símbolo cada uno de todo un pueblo, acentuaba la diferencia. En la mezcla de razas característica de cada pueblo predominaban elementos distintos. Sería ocioso tratar de establecer una superioridad de cualquiera de los dos lados. Para la inteligencia desapasionada tal superioridad no existe. Para los que se inspiran tan sólo en el sentimiento es inferior el pueblo al cual ellos no pertenecen. Este sentimiento es una necesidad vital. Todo pueblo fuerte y sano se cree superior a sus vecinos. En el caso nuestro es preciso confesar que en el desarrollo de las dos nacionalidades los rumbos han sido distintos desde el principio de la separación, las conquistas en el terreno del derecho muy diversas, las realizaciones en el campo del progreso material no menos desemejantes, y los índices de cultura en uno y otro pueblo muy parecidos. Es difícil afirmar una superioridad manifiesta en todos los campos de la actividad humana.

Nuestros vecinos viven casi en su totalidad a la orilla del mar. Hace más de medio siglo su capital está a cuatro horas del océano: hoy se puede recorrer la distancia en menos de dos horas. Nosotros hemos vivido hasta ayer a dos semanas del mar. Los inventos de la mentalidad extranjera y la diligencia de personas que son extrañas a nuestra vida y costumbres han puesto la capital de Colombia a dos días del puerto más cercano a los centros de civilización. Nuestros vecinos han vivido en contacto más íntimo con el mundo y de ellos puede decirse que, individualmente, aprecian la realidad más directamente y con más acierto que nosotros. El aislamiento ha favorecido en nosotros desproporcionadamente las tendencias idealistas, de tal manera que nuestro concepto de la vida todavía tiene los caracteres de la primera etapa que señalaba Augusto Comte en la evolución de las sociedades. En sus capas inferiores nuestro pueblo no ha salido aún del período teológico y en las superiores todavía predomina la tendencia a las explicaciones místicas.

Podríamos enorgullecernos de haber logrado una mayor suma de libertades que nuestros hermanos del oriente; pero ellos a su turno podrían afirmar que las hemos obtenido al precio de una grande iniquidad. Somos libres en un régimen de casta. Ellos lo son menos porque hace setenta años se debaten en una lucha tremenda para evitar que allí impere el régimen de casta. Mientras los pueblos no se han dividido en tribu

El punto de partida

Por
B. SANIN CANO



Perfil del LIBERTADOR,

Hecho por Roullin, del natural, en la época de la conspiración. De este perfil se sirvió Tenerani para su estatua.

sujeta y tribu dominadora todavía tienen esperanza de conquistar su libertad. Un dictador, un tirano es una contingencia, aunque su predominio se prolongue como la vida humana; el régimen de casta asume caracteres de permanencia y con cada lustro que pasa se hace más prepotente y menos desarraigable. El cambio de dictadores, aunque la dictadura subsista, envuelve una alternación y hace posible el acceso de todos

Anécdota

Entre las confidencias de Napoleón hay una anécdota que merece meditar. Contaba que, cuando llevó al Ministerio de Instrucción Pública a M. De Fontanes, el ministro quiso establecer una enseñanza demasiado reaccionaria. «Por su gusto—decía Napoleón—nos hubiera vuelto a los tiempos de Luis XV». El Emperador se opuso, con el sentido de la realidad que tenía para las cuestiones políticas cuando no estaba obsesionado por la fe en su misión providencial o por su sistema. «M. de Fontanes, déjenos Ud. al menos la república de las letras»—le dijo al ministro que quería volver a las tradiciones de la Monarquía antigua.

Es una frase profunda. De todos los estragos que puede causar un régimen despótico, uno de los más irreparables es el de destruir o menoscabar la cultura, intentando acomodar la enseñanza a sus fines políticos y hacerla retroceder a normas caducas. Se malbarata así el patrimonio espiritual de las generaciones futuras y se condena al país que padece estos experimentos, a quedar retrasado en la marcha de la civilización. ¡Cuántas veces ha podido decirse en el curso de la Historia y en las varias provincias del mapa, la frase de Napoleón: «M. De Fontanes, déjenos Ud. al menos la república de las letras!»

Andrenio

a todos los puestos públicos; en el dominio de la casta, especialmente si ella tiene caracteres de sacerdotal y mística, nada significa sustituir un mandatario por otro. Lo que gobierna, en suma, no son los hombres sino el espíritu de tribu, el clan. Cuando la casta, como es la tendencia en Colombia, se sustituye a la nación, las libertades que existen no lo son más que en apariencia, porque una parte de la comunidad usa de ellas tan sólo como una dádiva. Pero la libertad no es una gracia o un favor concedido, sino el sentimiento del propio valer en un régimen de absoluta igualdad en el derecho y en la política. El *clan*, dice el profesor Jenks «es una comunidad de grupos; el estado es una comunidad de individuos. El clan es una organización exclusiva fundada en principios rigurosos de religión y nacimiento, en que se reverencian el nacimiento y la edad como símbolos de posición; el estado es una comunidad de unidades casuales, ligadas por un lazo de lealtad que actúa directamente sobre sus miembros individuales. En el estado se aprecian sólo las capacidades individuales y se las toma donde quiera que se encuentran». En Colombia la noción de clan se ha sustituido a la de estado y en tal permutación el sentimiento de la nacionalidad va desapareciendo. En la república vecina, de quien nos separamos por causa del movimiento de opinión que culminó el 25 de setiembre de 1828, el sentimiento nacional, a pesar de las dolorosas vicisitudes sufridas por el estado, tiene extensas y profundas raíces en el espíritu de los ciudadanos. A un mismo tiempo casi, el gobierno de casta en Colombia dejaba perder una sección del territorio nacional por temor de por temor de llamar en su auxilio a las gentes extrañas al clan, y en la nación vecina un dictador, apoyado por todos los partidos les hacía frente a siete potencias cobardemente aliadas contra un pueblo débil. Como para que constase en una frase ignominiosa la fría tendencia del sistema que nos gobierna el mandatario en cuyo régimen se consumió la desmembración del territorio se ufanaba en documento oficial de haber logrado mantener unido el clan, aunque una parte de la nación había formado soberanía aparte.

Fatalmente, el 25 de setiembre de 1828, la unión de las tres repúblicas empezó a disolverse. La noción mística de las relaciones entre los ciudadanos y entre ellos y su gobierno predominó en Colombia. Al oriente un concepto más áspero de las realidades vitales, un contacto más directo con los fenómenos ha sido causa de dolorosas vicisitudes, pero a pesar de ellas y acaso por su misma frecuencia y terror el sentimiento nacional es cada día más vivo.

A un siglo de distancia debemos meditar los colombianos en esta amarga contingencia. De este siglo la mitad, ha visto una casta enseñoreada del poder, extraña a la idea de patria, atenta sobre todo a conservarse en el mando por encima de toda consideración, lista a aceptar todo género de vasallajes y filosóficamente empeñada en aplicar el sentido místico a la solución de las realidades inmediatas. Solamente un cambio fundamental puede restablecer entre nosotros el sentimiento nacional. En las actuales sesiones del congreso se han escuchado con frecuencia los gritos del clan, dividido ya en los grupos de que habla el profesor Jenks. El cambio no puede ser otro que sustituir, por medio de la verdadera fórmula democrática expresada en una ley electoral equitativa y científica, el clan, por el estado, la casta por la nación. Estamos gozando de aparentes libertades que pagamos al precio usurario de una real iniquidad.

(El Tiempo Bogotá.)

(1) El centenario de la conspiración contra el Libertador acaba de celebrarse en Colombia.

El centenario de Moratín nos ha incitado a una revisión de su obra. No podía esperarse ninguna alteración considerable en el juicio formado sobre ella. Moratín es un reflejo, una personalidad literaria subordinada. En la España de su tiempo abundaron esas adaptaciones. Algunas de ellas ni siquiera fueron reflejos, sino sombras. ¿Quién no pone un nombre conocido bajo esas figuras que desfilan con la semejanza de Corneille, Racine, La Fontaine, Boileau, Montesquieu, Voltaire? Moratín se propuso la más difícil de esas imitaciones, porque quiso emular la única expresión genial del neoclasicismo, la única que había legado a la posteridad un cortejo de creaciones inmortales. Y la gran supervivencia de Molière agobió el humilde escenario de nuestro buen D. Leandro.

Pero... confieso sentir, a pesar de todo, una suave inclinación a la lectura de Moratín. Entre el cúmulo imponente de la colección Rivadeneyra me parece gozar un dulce reposo cuando tiendo la mano hacia el segundo volumen y abro al azar sus páginas. Ya sé que no encontraré en ellas la sacudida de la emoción ni la delicia inefable del don de lágrimas, ni el aturdimiento de la sublimidad. Entonces, ¿qué busco en esa lectura distraída y superficial, que a veces opera sobre mi espíritu como un calmante o un consuelo? Busco lo que hay en ellas de personal encanto. ¿No hablamos de un perfecto amigo de Francia? Pues no hay palabra mejor para designar esa caricia espiritual que la expresión francesa: Moratín tiene *charme*. Desvaído entre sus renglones queda el perfume de un antiguo pomo de sales que aspiró una petimetra; queda la última emanación de la tabaquera de Geroncio; la melodía tenue de una caja de música en la cual duerme la resonancia de un minueto, o acaso una arieta de Rameau...

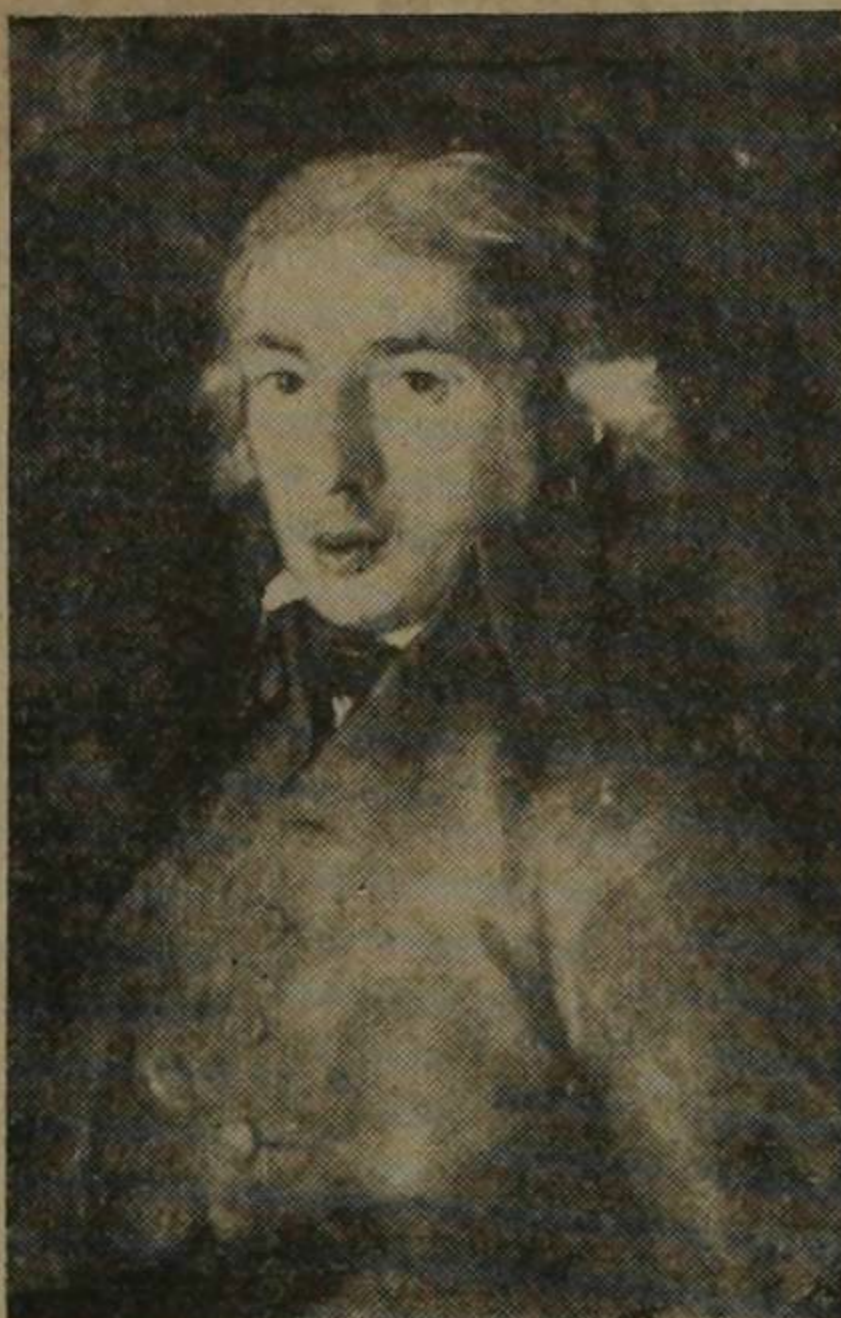
Pero... tampoco es eso. No, no. Encuentro aún algo más elevado y trascendente en la lectura de Moratín; algo que no representa un recuerdo, ni un aroma de viejo *boudoir*; algo que permanece entre nosotros como lección de un magisterio viviente. ¿Qué será? El nuevo estilo; el sentido nuevo de la elocuencia. Moratín, en orden de tiempo, es el primero de nuestros periodistas. Ya sé, ya sé. No me citéis precedentes eruditos. Dejemos a Pellicer, que fué, en cuanto al periodismo, lo que fueron los cronistas en relación a la historia. Dejemos a Zavaleta. Dejemos, también, con todos sus innegables méritos de innovador y volteriano, a Feijóo. Moratín es otra cosa, en cuanto al oficio inconfundible del «hombre de letras» (otro galicismo inexcusable, porque la palabra «literato» no me parece ahora bastante precisa). Moratín supo comunicar a su pluma la agilidad necesaria para que conservara su primitiva potencia de vuelo. La pluma no ha de olvidar nunca su participación de ala. Moratín dió a la pluma esa facultad que todos queremos agudizar, para infundir en nuestra palabra gracias o energías de volátil, para ser, según las intenciones, mariposa, paloma, azor o águila.

Me diréis: ¿Moratín periodista? Pero su trabajo de erudito, o de poeta artifice, no se dedicó a las actividades propias de lo que llamamos por excelencia la prensa. No importa. Sus comentarios, sus anotaciones, su crítica, sus cartas, nos dan la sensación genuina del periodismo.

Actuando sobre una tradición de pesadez léxica a veces insoportable; sobre la prolijidad retórica, el retorcimiento conceptista, el barroquismo culterano. Moratín nos parece el maestro de una serie inextinguible de generaciones. Su musa poética envejeció no hay duda. Hoy su teatro nos parece infantil y candoroso. Pero su prosa permanece viva, y a través de ella el autor alcanza el privilegio reservado a los escogidos, única presea de su inmortalidad; no vemos ya su

La revisión de Moratín

=De La Nación. Buenos Aires=



Moratín

(Retrato pintado por Goya)

escrito, sino su palabra. No se trata ya de un escritor, sino de un hombre. Por su obra, todavía Moratín habla; conversa con nosotros. Está vivo.

Reconozcamos que esa claridad, esa transparencia son alcanzadas a costa de todo valor de profundidad y visión ulterior. No busquéis en él aquella sugestión de lontananzas despertadas en vosotros por la penetración audaz en las obscuridades rebeldes a la expresión. Pero el sentido de amenidad y ligereza, valor intermedio si se quiere, no es un don despreciable. Lo que debemos afirmar también es que Moratín careció de la facultad intensa de ironía y mucho más de la amargura del «humor», que comunicaba a la literatura francesa y a la inglesa de su tiempo sus respectivas genialidades. Moratín, situado en la convergencia de dos culturas, no llegó a inscribirse en la copiosa tradición española del «ingenio», tan rica en sutilezas, ni en la del *esprit* francés que era la cualidad de sus maestros inmediatos. Dió a las letras españolas la primera traducción de *Cándido*; pero no alcanzó a emular la incomparable agudeza volteriana. En cuanto al humor, otro afrancesado, Larra, había de iniciar en España ese magisterio y verter en su copa la acritud suicida de ese ajeno.

El afrancesamiento de Moratín no fué debido, seguramente, a una visión política. No fué, por ejemplo, el de un Marchera. Pero es absurdo reprochárselo como una mancha. Descontemos a los que se adhirieron a la intervención napoleónica por menguado cálculo de miedo, o servilismo voluntario a los pies del vencedor. Pudo haber, en cambio, quienes viesan en la renovación de la disnatía el movimiento que incorporase a España, en la nueva Europa nacida de la revolución. La antítesis entre José Bonaparte y Fernando VII, como valores morales, nos parece hoy abrumadora para el último. La resistencia contra Luis XIV y contra el «Ya no hay Pirineos», a principios del siglo XVIII, era tan lógica, por lo menos, como la de 1808; con todo, los Borbones, en tiempo del Rey Sol, como los Bonaparte al iniciarse el siglo XIX, representaban un avance con-

siderable de civilización. La resistencia tenaz contra los napoleónicos no fué una defensa del sentido de independencia, entonces totalmente anacrónico, porque no hay independencia sin libertad; fué una defensa del Altar y el Trono, que continuaba la de vandeños y chuanes contra la Revolución. La mejor prueba está en que los mismos que lucharon enconadamente contra los franceses de 1808 abrieron las puertas de España a los franceses del Duque de Angulema, en 1823, para que impusieran al país, contra la voluntad nacional, el despotismo del rey perjuro y depuesto.

Moratín no fué nunca un pensador, ni tuvo temperamento de político. Pero tampoco fué un lacayo, como otros contemporáneos, ni se avino a las feas ductilidades de un Meléndez, por ejemplo. Su cortesía tuvo siempre una discreta contención. No sentimos ninguna repugnancia al leer la poesía que dedicó a Godoy, cuya personalidad de Mecenas está demasiado olvidada, como si pesaran todavía sobre ella los odios del 19 de marzo, atizados por gentes inferiores a él. Moratín ensaya en esa composición el decasilabo, emulando candorosamente a Juan de Mena. Tampoco resurge en nosotros ninguna indignación atávica cuando leemos la oda en que cantó, según las corrientes de su época, el saneamiento de la Alfubera, emprendido por el mariscal Suchet.

Las dos piezas capitales de su teatro señalan bien las dos cualidades típicas de su personalidad. Moratín fué un innovador de la escena y un crítico. El, que nos dió el primer esquema de la *Historia del Teatro Español*, aportó también un nuevo sentido de la comedia, en la gloriosa tradición de las tablas españolas. Su mayor mérito consistió en la sagacidad con que supo infundir aire castizo en los personajes de sus comedias, más allá de toda fidelidad neoclásica. Este es su verdadero parecido con Goldoni. Percibimos una dulzura inexpressable en la transfusión de la personalidad femenina en sus nuevos tipos; cuando las Lauras y Estrellas de la comedia del gran siglo se transforma en las doña Francisca y doña Mariquita moratínianas. Sin dudas las lontananzas del arte dramático perdieron grandeza; pero las figuras se acercaron al espíritu popular y convivieron con el íntimo sentir de los espectadores, que las reconocerán como vecinas. Y una nueva belleza de mujer, como arquetipo y encarnación colectiva, nació a la vida escénica. Otro español benemérito, acercando todavía más a su naturaleza sanamente plebeya el arte cómico, don Ramón de la Cruz, había de fijar en sus sainetes esa nueva gradación de la feminidad española, que calzaba el chanclo de las castañeras después de haber ajustado a su pie de Cenicienta el chapín de las damas.

Así como Moratín, comediógrafo, se mantiene fiel a su enlace con la realidad nacional por encima de los prejuicios de escuela, también su sentido crítico sabe sostenerse ecuánime ante la reacción de su tiempo. Reconoce la magnitud del teatro de los siglos de oro; pero abomina de sus grotescas degeneraciones. La hinchazón calderoniana había producido una generación de ridículos imitadores, que extremaron aquellos vicios. Moratín, al esgrimir su azote de satírico contra esa turba, se atenía a la más noble de las tradiciones nacionales, la de Cervantes, la de Quevedo; y en grado inferior la del P. Isla. La decadencia del teatro después de Cañizares y Zamora recordaba la de los libros de caballería en el siglo XVI. ¿No sucedió lo mismo en las postrimerías de la generación romántica? Miremos, pues, la sátira moratínica como una apelación a la grandeza literaria tradicional más que como una condenación doctrinaria. *La derrota de los pedantes* no desmiente su estirpe quevedesca, libre ya del contagio de

la propia morbosidad que se quiere combatir.

La Comedia Nueva es la escenificación del mismo propósito. Y las sátiras completan las figuras del pedante y el poetaastro como la verdadera obra de creador pesimista a las modestas facultades de Moratín; sus únicos aspectos de verdadero poeta. Todos los conocemos como figurones familiares, trasuntos de una época: en D. Hermógenes o D. Ermeneguncio, la caricatura ha sobrevivido, al original. Comella no pudo soñar nunca que esa sería su verdadera forma de inmortalidad. Y junto a ellos una cohorte de personajes, perdurables por la fuerza de su graciosa evocación como aquel inolvidable desfile de convividos en la composición *Los días*: Don Lucas, don Mauro el abate, «opositor a mitras, don Genaro, don Zoilo y doña Basilisa, con una lechigada de niños y de niñas». Y aquel don Cristóbal del romance *A Geroncio*, personaje que sería probablemente un paisano mio cuyo nombre y cuya producción dramática cayeron en el olvido. Don Cristóbal Cladera, nacido en la Pobra de Mallorca, el cual llegó a ser ministro con el rey José.

Me complace indagar en Moratín los atisbos del tiempo nuevo que apuntaba en el horizonte. Es muy interesante imaginarlo asomándose a los todavía lejanos vislumbres del romanticismo y aplicar su estilo ultraclásico a la traducción del *Hamlet*, extasiándose ante aquella grandeza antigua. Parecemos verle en el umbral de una época presentida, lleno de asombro, con la pluma titubeante, vacilando entre la admiración y la censura. ¿Cómo hubiera podido sentir que precisamente la nueva escuela había de reconocer un glorioso precedente en el teatro español del gran siglo y en el Romancero que lo prohijó? Corneille, visto a esa luz, habría sido el remoto precursor de los románticos.

También quiso Moratín aportar su concurso a la renovación del sentido religioso y aún del político. Es muy curioso releer los pasajes que se vio obligado a suprimir en alguna sátira y en *La Mojigata*, reflejo atenuado del *Tartuffe*. Por cierto que entre ellos hay alguna alusión al sentido puro de la nobleza; así aquellos versos

¡Oh! la nobleza se gana
por obra, no por abuelos

que recuerdan los de Alarcón en *La Verdad sospechosa*:

—¿Sois caballero, García?
—Téngome por hijo vuestro
—¿Y basta ser hijo mío
para ser vos caballero?
—Yo pienso, señor, que sí.
—¡Qué engañado pensamiento!
Sólo consiste en obrar
como caballero el serlo.

Pero la más típica expresión de la ironía moratiniana contra la herencia tenebrosa está en sus anotaciones al auto de fe celebrado en Logroño en 1610. Al amparo del gobierno de José Bonaparte pudo Moratín publicar ese escrito, lleno de agudos y graciosos comentarios. Sabroso contraste del espíritu de Moratín, donosamente burlesco, con el mundo tenebroso de la brujería y la posesión diabólica, que las hogueras inquisitoriales iluminaron con resplandor de tragedia. A través de los gracejos, a veces necesariamente sarcásticos, de Moratín, un gran nombre acude a nuestros labios: el de Goya, la única manifestación genial en que floreció aquel siglo de revisión y tránsito. Goya parece la forma sobrehumana que hizo el prodigio de resolver en belleza paradójica la fealdad infernal de aquella pesadilla. Y ¿no es esa misma la verdadera ejecutoria del romanticismo?

Recordemos aún, como despedida, las páginas del buen D. Leandro. Vemos su figura inexpresiva de abate a través del retrato con que Goya lo perpetuó. Le imaginamos entre sus libros, cerrando la puerta a la invasión profana de los intrusos, con ceño egoísta de solterón. El ejemplar de su Horacio preside su trabajo. Horacio, que le une a la más pura tradición heroica del siglo de oro sin apartarle de sus fidelidades neoclásicas. Horacio, alguna de cuyas traducciones (la oda a Fusco), le valió la burla de don Juan Nicasio Gallego.

Imaginariamente hemos entrado en la biblioteca familiar del buen don Leandro. He-

mos buscado entre sus libros los que conservan para la posteridad la estela de su vida. A un lado queda su personalidad de erudito; aquel Inarco Celeno, arcade de Roma, buen hijo de Flumisbo Thermodonciaco e inepto para toda percepción superior al vaho libresco. A un lado quedan también sus elegancias de orifice aplicadas a la poesía, sus habilidades de factura, como la *Elegía a las Musas*, tan expresiva del gusto de su época. Pero como un cortejo vivaz y coloreado, hemos visto pasar también los verdaderos hijos del espíritu de Moratín, que le acompañan en su inmortalidad: sus damiselas, sus vejetes, sus petardistas, sus pedantes...

Gabriel Alomar

La Medalla

Al salir una mañana del hotel en que me alojaba en Montreux, la pintoresca población del lago Lemán, vi brillar sobre la alfombra de la escalera un objeto que a primera vista me pareció una moneda de oro. Era una medalla con la efigie de la Virgen. En el reverso tenía grabado un nombre: *Maria Luisa*. La deposité en la oficina del hotel, advirtiéndole que su propietaria debía de ser alguna dama española o hispanoamericana y, sin pensar más en el asunto, me fui a tomar el sol hacia Territet y el bello castillo de Chillón, edificado en el siglo XIII por los condes de Saboya. Al siguiente día me llevaron con el desayuno una carta en que se me daban las gracias por la devolución de la medalla. Contra lo que había supuesto, resultó ser su dueño un caballero llamado don Fernando de Guevara, quien después de la comida se me acercó en el salón de lectura para reiterarme muy cortésmente su gratitud.

Desde el primer instante simpatiqué con don Fernando. De una distinción perfecta, alto, erguido y enjuto, representaba sesenta años y su rostro, alargado y pálido, se parecía al del Rodrigo Vázquez del Greco. Nacido en el Perú de padre español y madre limeña, era célibe y vivía desde niño en Europa. Su conversación, siempre interesante, revelaba una buena cultura intelectual. Poseía con entera propiedad varios idiomas y había viajado mucho, paseando por las cinco partes del mundo su fastidio y su melancolía. Más de una vez le oí lamentarse de la inutilidad de su vida y de ser un cosmopolita sin arraigos ni sólidos afectos. En una ocasión me dijo:

—La riqueza heredada de mis padres ha sido para mí un infortunio; porque sin ella me habría visto obligado a luchar por la vida. Una existencia sin objeto, como la mía, está demás.

—Me parece—le respondí—que su mal proviene más bien de la circunstancia de no haberse creado una familia.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga—repuso con acento de tristeza,—pero en esto pesa sobre mí una fatalidad.

Se quedó pensativo mirando desde la terraza del hotel el manto azul del lago, sobre el cual se destacaban algunas pequeñas embarcaciones. De pronto, interrumpiendo su meditación, me preguntó:

—¿Cree usted en lo sobrenatural?

—No sé qué decirle—le contesté perplejo por lo inesperado de la pregunta—. Aunque he leído bastante acerca de lo que unos llaman lo sobrenatural y otros lo natural desconocido, le confieso que no abrigo ninguna convicción al respecto.

—En suma usted duda.

—Sí.

—Bien, eso me basta para atreverme a hacerle una confidencia con la esperanza de que no me vaya a tomar por loco; aun-

que debo decirle que hace ya muchos años lo estuve efectivamente. Será usted el primero a quien descubra este secreto, que es el de mi vida... Si a usted le parece bien nos sentaremos aquí, porque lo que voy a referirle es un poco largo.

Nos instalamos en unos sillones de mimbre, don Fernando sacó su petaca provista de habanos exquisitos y, encendidos los cigarrillos, prosiguió:

—Usted extrañará tal vez que casi de buenas a primeras le haga una confidencia tan íntima; pero es el caso que usted ha entrado a desempeñar un papel en mi secreto.

—¿Cómo así?

—Por el hallazgo de la medalla... Ya sabe usted que vine a Europa con mis padres a la edad de diez años. Nos establecimos en París, donde me pusieron en un colegio en calidad de externo, porque mi madre no podía separarse de mí, su único hijo... Tuve el inmenso dolor de perderla cuando aún estaba en la adolescencia. Por fortuna mi padre, no obstante la aspereza de su carácter, tenía un noble corazón; y fue siempre conmigo muy afectuoso.

De nuestra parentela española sólo manteníamos relaciones epistolares con un conde sevillano, viudo y padre de una niña llamada a sucederle en el título por falta de un varón; y aunque mi padre no me hizo ninguna confidencia al respecto, adiviné que acariciaba el plan de casarme con esta niña, tal vez por el deseo de verme ostentar un título de Castilla. El conde no era rico y esta circunstancia le permitía esperar que su pretensión no sería rechazada, ya que los millones traídos del Perú caerían de perlas para redorar los blasones de la noble casa venida a menos.

Tenía yo veintidós años y estábamos por ese tiempo viviendo en Londres, donde completaba mis estudios, cuando un día de fines de otoño me dijo mi padre que deseaba ir a España para visitar a sus parientes. Poco después emprendió el viaje, estuvo una semana en el pueblo en que había nacido, situado en las cercanías de Córdoba, y luego se fue a Sevilla. De allí me escribió un largo panegírico de la hija del conde, de su belleza peregrina y gracia incomparable. Su entusiasmo me hacía sonreír pensando en el proyecto de boda, al que yo no daba importancia, porque lo miraba como algo muy remoto y problemático. De su primo el conde me decía que era un perfecto caballero, pero muy chapado a la antigua, de ideas rancias y ridículamente beato. Ha de saber usted que mi padre era volteriano.

En otra carta, escrita en diciembre, me describía complacido la benignidad del invierno en Sevilla: la suave temperatura, el espléndido sol, el azul del cielo y las flores que vendía en el patio de la fonda un po-

bre hombre andrajoso, pero cuyo semblante respiraba buen humor y felicidad. Al terminar me decía que fuese a reunirme con él para el año nuevo. La tarde que recibí esa carta me encontraba sentado cerca de la chimenea, hojeando melancólicamente un libro. Una niebla densa y sofocante pesaba sobre Londres y sobre mi alma como un sudario; porque nunca he podido vivir contento sin la alegría del sol. La perspectiva del viaje a España disipó mi tristeza y mirando el fuego me puse a evocar el tiempo feliz de mi niñez y el hermoso cielo de Lima.

Entre los recuerdos más gratos de mi vida guardo el de mi llegada a Sevilla. Me sentía ebrio de sol y de luz, embelesado por el ambiente tan original y seductor de esa ciudad hechicera. Después de almorzar y olvidando la fatiga del viaje, me eché a recorrer las torcidas y estrechas calles, ávido de verlo todo. Usted conoce Sevilla y nada puedo decirle que no sepa de sus admirables monumentos. Del maravilloso conjunto de belleza artística que contemplaban mis ojos, lo que más me sedujo al pronto fueron los patios de las casas, visibles desde la calle a través de las cancelas. No me saciaba de admirarlos inundados de luz, con sus columnas y baldosas de mármol, sus azulejos, sus pilas y macetas. Nada más bello ha creado el hombre para hermosear su vivienda.

Por la noche fuimos a cenar con nuestro pariente. Nos recibió en un gran salón austero, alhajado con muebles antiguos. De las altas paredes colgaban retratos de familia y pinturas religiosas. El conde tenía toda la gravedad y nobleza de modales de los grandes señores españoles. Con su perilla y sus bigotes canos, habría podido pasar por un general de la época de Isabel II. La primita llegó un rato después y al verla me quedé deslumbrado. Todas las ponderaciones de mi padre me parecieron pálidas ante la soberbia realidad. María Luisa era un portento de belleza. Coronaba su frente pura y tersa una espléndida cabellera castaña de reflejos cobrizos. Sus grandes ojos pardos y rasgados despedían una luz intensa entre las pestañas largas y curvas. Los labios un poco sensuales de su linda boca descubrían al reír unos dientes menudos y de rara perfección, debajo de la nariz fina, palpitante y de un trazo magistral. El óvalo impecable del rostro descansaba sobre un cuello largo, de una delicadeza sin igual. Añada usted un cuerpo esbelto, armonioso, y unas manos de infanta, como solía pintarlas Sánchez Coello, y podrá formarse una idea de la hermosura de esa mujer adorable.

Durante la cena estuve bajo el encanto de su graciosa picotería andaluza y del timbre musical de su voz que sonaba como una alegre canción. Notando mi silencio admirativo, se puso a darme bromas sobre lo que ella llamaba mi seriedad inglesa, acosándome a preguntas para obligarme a hablar: «¿Qué te ha parecido Sevilla? ¿Has estado ya en la calle de las Sierpes? ¿Te gustan las sevillanas? ¿Crees como los franceses que todas llevamos una navaja en la liga?» Mi padre y el conde sonreían divertidos y yo la miraba extasiado mascullando mis respuestas, hasta que algunas copas de un vino de Jerez delicioso me desataron un poco la lengua. A los postres la Niña, como la llamaba el conde, me sirvió unos dulces envueltos en cucuruchos de finísimo papel.

—Prueba esto—me dijo,—son yemas de las monjas de San Leandro y no las hacen mejores en el cielo.

Estaban realmente exquisitas y no les escatimé los elogios.

—Yo creía que las monjas no servían para nada—observó mi padre con su manía de despotricar contra las gentes de iglesia.

La observación inoportuna sonó muy mal en el ambiente religioso de aquella casa

que olía a convento y el conde no pudo reprimir un gesto de disgusto.

—Ya tiene usted la prueba de lo contrario—le replicó María Luisa maliciosa, y para desviar el rumbo que amenazaba tomar la conversación, añadió dirigiéndose a mí:

—Fernando, quiero mostrarte los retratos de mis amigas, para ver si alguna de ellas te hace olvidar a tus rubias sosas de Londres.

Tomamos el café en el salón, donde María Luisa puso en mis manos una docena de fotografías, en tanto que nuestros padres hablaban aparte de negocios.

—Todas tus amigas son muy bonitas—le dije,—pero ninguna tanto como tú.

—Gracias por la galantería.

—Digo sinceramente lo que pienso.

—Lo que piensas ahora tal vez. Mañana u otro día, cuando las conozcas personalmente, temo que cambies de opinión.

—Ese «temo» me sabe a gloria.

—No seas presumido—me respondió deliciosamente ruborizada.

Tan pronto como salimos a la calle, me preguntó mi padre qué me había parecido María Luisa, mostrándose muy contento de los entusiastas elogios que de ella le hice. Entonces, con su acento paternal de las grandes ocasiones, me dijo que a él le quedaban pocos años de vida; que como su mayor preocupación era dejarme sólo en el mundo, pensaba que debía casarme no obstante mi mucha juventud y que a su juicio María Luisa era la mujer ideal para mí. Le contesté que estaba dispuesto a seguir su consejo, pero que abrigaba el temor de que ella hubiese enajenado ya su corazón. Me aseguró no ser así, habiéndose informado al respecto.

Me enamoré apasionadamente de María Luisa y tuve la buena fortuna de que ella me correspondiese. Nuestra boda no tardó en concertarse con la condición, puesta por el conde, de que residieramos en Sevilla mientras él viviese, y mi padre compró dos de las mejores casas de la ciudad, una pa-

ra mí y otra para él. Siguiendo la pintoresca costumbre andaluza y armado de una capa flamante, iba yo todas las noches a pelar la pava a la reja de mi novia. Allí nos jurábamos amor eterno y hacíamos los más risueños planes para el porvenir, empezando por el itinerario de nuestro viaje de bodas, que cada vez se alargaba más. Mi felicidad era completa.

Creo haberle dicho a usted que mi padre era hombre de excelente corazón, pero de carácter recio e intolerante. Desde que llegué a Sevilla le había visto siempre placentero; pero un día, a la hora de la comida, noté que estaba de muy mal humor. Ceñudo y silencioso, como cuando tenía una grave contrariedad, no levantaba los ojos del plato. Hice examen de conciencia y no encontré nada que reprocharme. Convencido de que yo no podía ser la causa de su enojo, procuré distraerlo hablándole de la próxima llegada de unas alhajas que había encargado a un joyero de París para mi prometida.

—Supongo—me dijo sarcásticamente—que no te habrás olvidado de pedir también: camándulas de lujo para el santurrón de tu futuro suegro.

Por la noche María Luisa, muy preocupada, me dió la clave del enojo de mi padre. Había tenido con el conde una discusión sobre cuestiones religiosas en que ambos se acaloraron. Afortunadamente el asunto no pasó a más.

Las festividades de la semana santa se iban acercando y Sevilla se preparaba para celebrarlas con la solemnidad y pompa tradicionales. Los hoteles y casas de huéspedes estaban repletos de forasteros y turistas procedentes de todos los países del mundo. En la ciudad, de ordinario muy tranquila, había gran animación. Sin podérmelo explicar este ajeteo me inquietaba; pero mis indefinibles temores se desvanecían al calor de las ilusiones y del júbilo de María Luisa, la que no cansaba de pintarme con brillante colorido la majestad de las proce-

Pañuelo de Verónica

A Victor Raúl Haya de la Torre, en cuyas manos viene germinando el alba.

*Hombre que estás ahí
en la mano la mejilla deshojada:
como en el hombre de Rodin,
piensa tu lágrima
sangra tu pantalón angustias proletarias
y en tu bolsillo un diario grita:
El asesinato cotidiano.*

*tus ojos en dos llantos
clavados en mi camino como bandera sin asta
en cada arruga de tu cara
un crucifijo abre las manos*

*tu silueta
devorada a medias por la tierra
abofetea mi sortija
y mi camisa planchada*

*(ya lo sé mi egoísmo es una araña:
hila su red en mi pestaña altiva
va a devorar la mosca de mi alma)*

*paseo mi yo barrigudo
bajo este cielo de papel sin luto*

*la Ciudad meretriz enreda mis caminos
con carcajadas de pianola
y cintas de miradas*

el azahar de la dicha en las ventanas

*campanarios payasos
me regalan el pecho del domingo
en mermelada de campanas*

*autos domesticados dromedarios
exhiben idilios alquilables*

*yo estoy maduro de tu angustia
hombre que estás ahí
pesando tus arrugas en la mano
como las cuentas de un rosario
arrancando las canas de tu día
hablando a los ladrones
en cada viacruz del calendario*

*me duele el pan de tu hijo
tu noche sin estrellas y sin regazo
y tu dolor diluvio sin paloma*

*también me duele tu Juana
que lleva en sus entrañas el mañana*

*dame tu cólera diamante
que engastaré en el oro de mi mano
dame tu cara
para un poema pañuelo de Verónica*

*quiero amarrar mi alma
purpurina bandera encabritada
en las torres ariscas de tus brazos
y dar mi canto
pan de miga negra
al viento proletario*

*desde mi hoy
y para todas las mañanas
escribiré tu rostro en los tejados
con púrpura de arteria estilográfica
amasaré mi día
con la Babel de tu palabra levantada*

*y mi camino
llevará siempre tu angustia en el hocico
como una cesta de porvenires y mañanas*

Alberto Guillén

Lima, 1928.

siones y los grandes placeres de la feria que vendría después.

Desde uno de los palcos construídos frente al Ayuntamiento, sobre la plaza de San Francisco, vimos desfilar las famosas e interminables procesiones: la muchedumbre de penitentes con sus túnicas y capirotos de diversos colores, que llevando blandones encendidos acompañaban los pasos y las imágenes de sus respectivas cofradías; las Vírgenes coronadas, con el pecho resplandeciente de alhajas y cubiertas de grandes mantos de terciopelo profusamente bordados de oro; los *armados* ostentando orgullosos sus cascos, corazas y gladios romanos; los pendones, ciriales y cruces de plata que descollaban sobre las cabezas de la abigarrada concurrencia; la multitud de clérigos y frailes de aspecto triunfante; las tropas con sus armas a la funerala; en fin, todo ese aparato espectacular en que se complace el sensualismo religioso español. Mi padre lo miraba con sonrisa burlona, pero sin decir una palabra, por respeto a María Luisa y a unas amigas suyas que estaban en el palco luciendo sus mantillas de blondas negras. Al conde no lo vimos en aquellos días, entregado por completo como estaba a sus múltiples devociones. El domingo de pascua, cuando llegamos a buscarle a su casa para ir a los toros, supimos que se encontraba indispuerto, por lo que mi padre, poco aficionado a la fiesta nacional española, resolvió quedarse acompañándole.

María Luisa y yo, con una marquesa viuda y sus dos hijas, fuimos a ver torear al famoso Frascuelo y después al Paseo de las Delicias, donde desfilaron en sus coches las mujeres más bellas de Sevilla, irresistiblemente seductoras con sus mantillas blancas y sus soberbios claveles reventones, en una atmósfera tibia e impregnada del perfume embriagante de los azahares y las acacias. Al regreso solicité ver al conde, pero me dijeron que se había quedado dormido. Paseándose en el patio de la fonda encontré a mi padre y su semblante adusto me hizo presagiar que algo malo me esperaba. Me invitó a subir a nuestras habitaciones, porque le urgía hablar conmigo. Tan pronto como cerré la puerta, estalló la tempestad.

—Mañana mismo nos vamos de aquí—me dijo muy colérico.—Tu casamiento con la hija de ese camandulero estúpido es ya imposible. Todo ha concluído.

Tuve que apoyarme en el respaldo de una silla para no caer; pero mi única protesta fue un silencio glacial. Con el carácter de mi padre, la menor contradicción sólo habría conducido a exasperarlo.

A la hora de costumbre me fui desalado a ver a María Luisa. La pobrecita me enteró entre sollozos de la causa de nuestra desgracia. Como usted lo recordará, mi padre se había quedado acompañando al conde mientras nosotros estábamos en los toros. Este le refirió que había cogido un enfriamiento siguiendo descalzo la imagen del Señor del Gran Poder en una de las procesiones y que por la misma causa tenía los pies lastimados. Comentando el asunto, mi padre hizo una crítica acerba de lo que había visto en la semana santa. El conde se enfadó, reprochándole a su vez, la impiedad de que hacía gala. La discusión fue degenerando en disputa, hasta que muy encolerizados ambos llegaron al extremo de injuriarse. Por último el conde, fuera de sí, le dijo que retiraba la palabra dada, porque su conciencia no le permitía otorgar la mano de su Niña al hijo de un impio, sobre cuya casa tendría que descargar forzosamente la ira de Dios.

Desesperados nos lamentábamos de nuestro inmenso infortunio sin poderle encontrar ningún remedio razonable. Al fin convinimos en que lo mejor era aparentar sumisión pa-

ra no irritar más a nuestros padres, con la esperanza de que pasado algún tiempo se calmarían, volviendo sobre sus pasos. En el momento de separarnos, María Luisa, transfigurada por el dolor, exclamó con acento trágico que me hizo estremecer:

—¡Venga lo que viniere, te juro por Dios que seré tuya y sólo tuya, viva o muerta!

Al día siguiente salimos mi padre y yo para Madrid y París, de donde regresamos a Londres. Transcurrieron algunos meses sin que se modificara la situación. Mi padre guardaba un silencio obstinado sobre el asunto, sin duda para darme a comprender que debía renunciar a toda esperanza de arreglo; sin embargo noté que mi profunda pena lo tenía preocupado. María Luisa y yo correspondíamos en secreto. Mis cartas las dirigía a una buena mujer que había sido su nodriza y ella me enviaba las suyas a un club del que mi padre también era socio, pero al que no iba casi nunca. Un día, al regresar a casa, encontré, ostensiblemente colocada en el escritorio, una carta de Sevilla. No me cupo duda de que mi padre era quien la había traído del club y me puse a leerla, alarmado por el efecto que pudiera haberle producido el descubrimiento de mi correspondencia secreta. Me refería María Luisa que un caballero granadino le hacía la corte asiduamente y que el conde se empeñaba en casarla con él; pero que antes de consentir en ello, se refugiaría en un convento. «La noche de nuestra despedida—agregaba—te juré que sería tuya y sólo tuya, viva o muerta, y este juramento se cumplirá, porque una voz interna me dice que así lo quiere Dios». Luego me hablaba en términos patéticos del tormento de su vida lejos de mí, de nuestro amor tan desdichado y sin esperanza, y por último de su mala salud, a la que ya se había referido en sus últimas cartas. «Los médicos aseguran que no tengo nada, pero me siento morir. Me da miedo ponerme frente al espejo, porque lo que ahora refleja sólo es una sombra de la María Luisa que conociste». Aun estaba leyendo cuando entró mi padre de sorpresa.

—¿Qué te pasa?—me preguntó al ver mi semblante alterado.

Sin articular una palabra le di la carta. Dudó un segundo antes de tomarla. A medida que avanzaba en la lectura, observé que se iba emocionando, y cuando la hubo terminado dió algunas vueltas por el cuarto absorto en sus reflexiones. De pronto se sentó a escribir. Su pluma se detenía con frecuencia y su semblante reflejaba una lucha interna. Releyó con gran atención lo escrito y firmó resueltamente.

—Saldrás lo más pronto posible para Sevilla llevando esta carta en que le doy cumplidas excusas al conde—me dijo con un ligero temblor en la voz.—Si las acepta, como lo espero, iré yo en seguida para reiterarlas de palabra.

Me lancé en brazos de mi padre y una semana después surgía de nuevo ante mis ojos la graciosa silueta de la Giralda bañada de sol. Me había precedido una carta para María Luisa indicándole la fecha de mi llegada, a fin de que me esperase por la noche, porque creía indispensable concertarme con ella antes de ver al conde. Por precaución me quedé en la fonda hasta la hora en que me dirigí embozado en la capa y temblando de impaciencia a casa de mi novia, que me estaba aguardando en la reja. ¡Instante de felicidad suprema! Interrumpiendo nuestras efusiones, me dijo María Luisa que entrase en la casa y, sin esperar mi aquiescencia, desapareció de la reja para abrirme la puerta. Muy sorprendido, supuse que el conde, enterado por ella de mi venida y del objeto que me traía, deseaba verme inmediatamente. Penetré en el zaguán. La oscuridad y el silencio que reinaban en la casa aumentaron mi sorpresa.

Quise hablar, pero María Luisa me lo impidió. Guiado por ella de la mano llegamos a su alcoba...

A las tres de la mañana sali de casa del conde, sintiendo que había perdido el dominio de mis actos. En mi cerebro se agitaban fantásticas ideas. Abierta la puerta de la calle, María Luisa se quitó del cuello una medalla y poniéndola en mi mano me dijo con voz solemne:

—Guárdala en testimonio de que he cumplido mi juramento de ser tuya y sólo tuya, viva o muerta. Ahora júrame tú que no tendrás otra mujer que yo.

—Te lo juro. Hasta mañana.

—Adiós, Fernando.

Dormí profundamente muchas horas, como si estuviese bajo la influencia de un narcótico. Cuando desperté me asaltaron los recuerdos de la noche anterior, pero muy confusos y vagos. A la luz del sol que había penetrado en la alcoba, todo aquello me parecía tan extraño e inverosímil, que acabé por persuadirme de que sólo había sido una alucinación o un sueño maravilloso. Recordando de súbito que debía visitar al conde, me incorporé en la cama para ver la hora. ¡Juzgue Ud. de mi asombro al descubrir sobre la mesa de noche, junto a mi reloj, la medalla de María Luisa!

Las palpitaciones del corazón me ahogaban cuando llegué a casa del conde. Me dijeron que no podía recibir a nadie, pero insistí en que le llevasen mi tarjeta y algunos minutos después se abrió la cancela para darme paso. Lo encontré en la cama, demacrado y macilento.

—Siento mucho hallarle enfermo—le dije—y espero que pronto recobrará usted la salud para dicha de todos los que le queremos bien. He venido expresamente de Londres con el objeto de poner en sus manos esta carta de mi padre, en que le presenta sus más cumplidas excusas. Si usted se digna aceptarlas, vendrá él muy pronto para reiterárselas personalmente y pedirle de nuevo la mano de María Luisa, a quien adoro con toda mi alma.

Incorporándose bruscamente, el conde me respondió con voz ronca y dolorida:

—Llegas tarde. La niña ha muerto hace tres días.

—¡Mentira!—exclamé sin poderme contener.—¡María Luisa vive! ¡La he visto anoche!

—Pobre Fernando, te has vuelto loco—murmuró el conde compasivo, dejándose caer sobre las almohadas.

Hubo un silencio trágico. Yo me oprimía las sienes, tratando de poner orden en mi cabeza revuelta. Por fin le dije en tono de súplica:

—Perdóneme usted que le haya faltado involuntariamente al respeto. El dolor me extravió.

Me alargó en silencio su mano febril, que yo estreché entre las mías. Esta efusión me calmó un poco y proseguí:

—Usted afirma, señor conde, que María Luisa ha muerto; usted lo afirma y así debe ser la verdad; pero yo estoy seguro—dígame bien—, seguro de haberla visto anoche. De suerte que me encuentro ante este dilema terrible: o me he vuelto loco, como usted lo dijo hace un instante, o hay en esto un misterio aterrador. Comprendo cuán dolorosa ha de ser para usted esta explicación; sin embargo le ruego que se apiade de mí. Usted puede darme un dato que aclarará tal vez el enigma que me tortura. ¿Me permite usted que le interrogué?

—Pregúntame lo que quieras—me respondió afectuoso y resignado.

—¿María Luisa acostumbraba llevar al cuello una medalla de oro con la efigie de la Virgen y su nombre grabado en el reverso.

—Sí, desde el día que fué bautizada.

—¿Dónde está esa medalla?

—Donde siempre estuvo, sobre el pecho

de mi pobre Niña. Poco antes de morir me pidió que la enterrasen con ella.

—¿Está usted seguro de que así se hizo?

—Enteramente seguro... ¿Por qué me preguntas eso?

—Se lo pregunto a usted—le respondí recalcando las palabras—, porque anoche María Luisa me ha dado esa medalla.

—¿Qué has dicho?—exclamó estupefacto; pero luego, encogiéndose de hombros, me miró con profunda lástima.

—No, señor conde, ho estoy loco. ¿Quiere usted la prueba? Aquí la tiene—y al decir esto le mostré la medalla.

—¡Jesús mil veces!—gritó horrorizado, con los ojos casi fuera de las órbitas—. ¡Vete de aquí, maldito, hijo de Satán, deja a los muertos en paz!

Al oír estas palabras perdí por completo la razón. Después de injuriar atrocemente al

conde, corrí a la alcoba de María Luisa, que estaba cerrada, y golpeando con frenesí la puerta me puse a llamarla a grandes voces, gritándole que saliera para que todos la viesan y supieran que su padre era un viejo hipócrita y embustero. Por fin lograron sujetarme con mucho trabajo, llevándome a un manicomio donde estuve varios días entre la vida y la muerte».

Muy conmovido por los terribles recuerdos evocados, don Fernando calló. Al cabo de un rato y después de pasarse una mano trémula por la frente sudorosa, añadió:

—Ahora que ya conoce usted mi secreto y la fatalidad que pesa sobre mí, comprenderá por qué no he podido crear una familia. Entre una muerta y yo existe un lazo misterioso e indisoluble, del que esa medalla hallada por usted es la prueba irrefragable.

Ricardo Fernández Guardia

San José de Costa Rica, julio de 1928.

Página lírica

de América Bobia de Carbó

=Del tomo *Ofertorio*. 1928. Matanzas, Cuba=

SE HA REVELADO UNA POETISA EN CUBA

San José, setiembre 10 de 1928

Señora América Bobia de Carbó,

Matanzas, Cuba.

Señora, Poetisa:

Pérmítame usted que, apenas leído su *Ofertorio*, me apresure a enviarle el más caluroso saludo y la más cordial felicitación por tan bella obra. Entre la montaña de libros que revisa uno, éste suyo es como una estrella; fulge y se destaca inmediatamente que se le abre.

¿En qué fuente bañó usted su pluma para escribir ese *Cascabelito de Oro*, poemita que bastaría para que usted fuera—sólo por eso—una gran poetisa? Y ese cuadrito *Del nido*, qué exactitud psicológica y qué ternura tiene! Y luego en los *Balbucoos*, qué profundidad de poesía en una sola estrofa, perdida por ahí:

*Mamá, la niña que vimos
en una caja de seda,
la toqué y estaba fría
lo mismo que una muñeca...*

¡Ah, usted está predestinada a ser ritmo saliente en la nueva voz de la América. Esa estrofa siguiente, así pequeñita y puesta por usted sin alarde alguno, es el poema más hondo que he leído en los últimos meses:

*Los hijos de los mendigos
en el atrio de la Iglesia
juegan, como el Niño Dios,
sin zapatos y sin medias.*

Vale anotar, de paso, el hecho significativo de que prepondera en la poesía alta de ahora, en nuestro Continente, la nota femenina. Son Luisa Luisi y Alfonsina Storni y María Monvel y Magda Portal y *Araucana* y las cubanas Rosario Sansores y María Villar Buceta—interesante caso estudiado por Julio Sigüenza—y Graciela Garbalosa y María Sabas Alomá y Aurora Estrada y Ayala y María Alicia Domínguez y las mexicanas María Enriqueta la clásica y Eugenia Torres—alondra peregrina—y María Delmar y Esperanza Zambrano; y las centroamericanas Tula Van Severen, Carmen Brannon, Aura Rostand, Marta Josefina Herrera y Auristela de Jiménez, y tantas que

hoy colman de nobles trinos el ambiente de América!

Entre ellas, y como brotes de renuevo, jóvenes y plenas de amor ingenuo y hondo, Alicia Porro Freire, de 16 años, —promesa de gloria indudable— y la señora María Carmen Izcua de Muñoz, uruguayas ambas y ambas tocadas del Genio de la Ternura.

Y como los magníficos símbolos amparadores, Juana de Ibarbourou que canta su canto inigualado, pleno de tropicalismo y de sabia joven, fuerte y exultante; y Gabriela Mistral, la madre, llena de mansedumbre y de vigor cristiano.

Se diría que bajo la advocación de Sor Inés de la Cruz y de la Avellaneda, y bajo la angustia dolorosa de Delmira Agustini y la miel ática de María Eugenia Vaz Ferreira, la ramazón primaveral de la Poesía va tejiendo la fronda en que rimarán sus cantos los más nobles pájaros y prenderán sus fulgores las mejores estrellas.

Por algo ha dicho un filósofo actual que SE ACERCA LA HORA DE LA MUJER PARA QUE DE NUEVO HAYA MADRES DE BUDAS Y CRISTOS Y EL MUNDO TODO SE LLENE DE DICHA Y DE AMOR.

Y esta nueva poetisa que es usted, América, hija espiritual de Martí y compatriota de Agustín Acosta; América de Carbó, hermana de Fernando Llós, tan poeta y tan filósofo, la del sutil *Ofertorio*, va a dar a Cuba y a las letras castellanas una modalidad nueva, un ritmo y una visión «esperados» por quienes hemos tenido siempre fe en la fuerza espiritual de nuestra raza.

Pienso que su libro merece el estudio serio de las gentes de letras y merece una difusión grande para que su nombre vaya siendo conocido a fin de que la misión suya, como dice Vitier, no sea súbita sino que éntre, en medio del torbellino snobista de hoy, como una suave oleada de seda.

En la medida en que mi esfuerzo pueda colaborar en esas necesidades, téngame usted por su mayor colaborador. Mientras tanto se me ocurre llevarle a García Monge—nuestro gran divulgador de cultura—una selección de sus poesías y se me ocurre, desde luego, que debemos todos ponerles nuestra atención y darles nuestro tiempo, para sentirlas, para amarlas y para que las sientan y las amen los jóvenes de nuestro Continente que hoy ponen el oído atento para captar el ritmo que educa y distien-

den el alma para alcanzar el sentimiento que eleva.

En su poesía se puede hallar ese ritmo y ese sentimiento. Por eso será obra patriótica y alta estudiarla y difundirla.

Le agradece profundamente su regalo

Rogelio Sotela

Cascabelito de oro

Tan pequeñita y tan leve
que en el cuenco de mis manos,
como el agua de la fuente
te sorbe ansioso mi labio;

Velloncito que en las zarzas
deja el corderito blanco,
¿dónde habré de colocarte
que no te escapes volando?

Frágil copito de espuma
entre mis dedos cuajado:
he de respirar apenas
para conservarte intacto.

Cascabelito de oro
de mi garganta colgado,
tus vibraciones señalan
en las tinieblas, mi paso.

Del nido

Como bate el pichoncito
temblorosamente el ala,
así lleva las dos manos,
asustadita, a la cara.

Por entre sus dedos brota
el brillo de su mirada:
¿qué es lo que tiene mi hijita,
dime, ¿qué es lo que te pasa?

Y con los labios fruncidos,
con la boquita apretada,
contestó con un murmullo
de palomita asustada.

Transfigurada

Igual que dos manojos de violetas,
los pies amoratados sobre el hielo;
un pañolón atado a la cabeza
y el tierno corazón lleno de ensueños,
le dijo adiós a la abuelita triste,
le dijo adiós a la infeliz maestra
y perdida en sí misma y en su llanto,
dejó atrás para siempre aquella aldea.

Alguien predijo al verla cierto día:
Esta llegará a ser lo que ella quiera,
y como toda estaba hecha de lágrimas,
ha cuajado, por fin, en una perla.

Solamente él

Miel sobre los labios,
en los ojos, miel,
pero más adentro
no se sabe qué.

Camino de alfombra
flores a los pies,
pero cuando llegue
¿qué es lo que hallaré?

Espuma brillante;
en los bordes, miel,
pero allá en el fondo
¿será dulce o hiel?

Amoroso fruto de María y José.
Miel desde el cabello
hasta el blando pie.

In memoriam

Por el recuerdo de
mi hermano Francisco

Luz y color y canciones
sobre la tumba pedías.
Ya es muy tarde para dártelo:
¡No quedan ni las cenizas!

Sobre el leño del Calvario,
dura cárcel de agonía.
Jesús escuchó un sollozo,
musical, de golondrinas.

Fué cruel contigo el destino:
te negó lo que pedías.
Cuando lo supe era tarde:
¡no quedan ni las cenizas!

Desde entonces el recuerdo
punzante, me martiriza:
¡Santa humildad de tu súplica
que se prolonga en mi vida!

Kyrie eleison

Señor, dad luz a mis ojos,
no la quiero para ver,
la quiero para saber
que estas contento de mí.

Señor, sobre mi alma vierte
el rocío de tu gracia.
Si me consuelas, Señor,
no te pediré más nada.

¡Cuándo me podré reír
con ese estremecimiento,
que, vibrando de contento,
quiere el corazón partir!

¿Por qué se sienten las penas
siempre tan profundamente,
y en cambio las alegrías
apenas si se las siente?

Será que no somos buenos,
y en justo castigo Dios,
por cada dicha que vierte
nos manda un nuevo dolor.

Dadme Señor, dadme en fin,
la vida, no para amar:
la quiero para gozar
del deleite de sufrir.

La canción del agua

El agua ritma sin cesar sus penas
y hace de su tristeza una canción.
¡Quién pudiera ser buena como el agua,
quién pudiera elevar una oración
con todas las tristezas y amarguras,
con todas las miserias y el dolor
que eternamente revivir sentimos
en este miserable corazón!

El agua buena, eternamente canta.
¡Si así fuera de bueno el corazón!

Martí

Nada vano en su rostro, ni de carne
sedosa morbidez. Ni en su mirada
el brillo rutilante de la estrella...
Para alojar su mente extraordinaria
la imprescindible conjunción de huesos:
—estuche de marfil, con piel rosada—
con la sencilla forma de lo austero
y la santa humildad que se recata.
Y no obstante, ¡qué día claro y limpio
el claro de su frente abierta y ancha,
trasiego de la luz, hecho de intento
para arrojarla al mundo transformada,
la esencia aquilatada de lo útil
creando una belleza sobrehumana!

Tablero

= 1928 =

Una declaración alarmante.—
Mr. Miller Collier, ex-Embajador
Extraordinario y Plenipotenciario de
los Estados Unidos saxoamericanos
en Chile, y uno de los factores más
destacados del Partido Republicano⁽¹⁾
acaba de declararle a uno de los re-
dactores de *El Nuevo Diario*⁽²⁾ de
Caracas, lo siguiente:

—Tuve ocasión de detenerme en Mara-
cay, en donde fui recibido por el señor
Presidente General Gómez, a quien, natu-
ralmente, ya conocía desde lejos bajo su
aspecto de Jefe de Estado. El conocimiento
personal de este gobernante y cuanto de él
he podido apreciar, antes y en esta oportu-
nidad, confirman mi juicio de que es un
Administrador ejemplar, y que si todos los
gobernantes de Sur América tomaran como
modelo al General Gómez, y lo imitaran
en su labor de Estadista, la prosperidad y
el progreso del Continente se desarrollaría
aún más hasta alcanzar magnitudes ex-
traordinarias.

Bien dice Roig de Leuchsenring que
los dos males que esclavizan y ex-
plotan a nuestra América son: la dic-
tadura, la criolla, y el imperialismo,
el yanqui, se entiende.

Más de una vez hemos dicho que sin
la tierra, como cosa propia, que le da sen-
tido religioso y económico, la Patria para
sus hijos puede reducirse a cantar el himno
y saludar la bandera; bien poca cosa, por
cierto.

Peró se reacciona poco a poco, siquiera
en el ánimo de los niños. Véase si no, la
letra de un Himno que han caído en es-
tos días los niños de Heredia, en un hom-
naje que los maestros de dicha ciudad
hicieron en justicia a don Alfredo Gonzá-
lez Flores. El autor de la letra es ni más
ni menos que el de la del Himno Nacional.
Y como un Himno puede ser un compro-
miso con la Patria, bien valdría la pena que
todos los niños de Costa Rica se aprendie-
ran, y lo cantaran, éste que acaba de
componer don José María Zeledón.

Hélo aquí:

CANTO A LA LEY DE NACIONALIZACIÓN
DE LAS FUERZAS ELÉCTRICAS EN COSTA RICA

Nadie ha puesto barreras al Aire
nadie ha puesto prisiones al Sol;
estos son atributos sagrados
que al Hombre en el mundo la Vida le dió.

Luz radiante, calor y energía
son las bases de sólido hogar;
son las fuerzas fecundas que nutren
el alma pujante de la Sociedad.

Prodigarlas es obra que incumbe
al Estado de todo País
donde alientan espíritus altos
que son atalayas frente al porvenir.

«Luz, más luz» es la egregia divisa,
para todos la luz y el calor;
hacia todos los seres vivientes
emite sus rayos fecundos el sol.

(1) Se dirige a los E.E.U.U.; va a trabajar por el
triunfo de Mr. Hoover, el candidato imperialista a
la Presidencia de dicho país.

(2) Véase la edición del martes 18 de setiembre
de 1928.

Celebremos la ley bienhechora
que consagra factor Nacional
estas fuerzas preciosas de Vida
amplias como el cielo, fuertes como el mar.

Y digamos al mundo que nunca
Costa Rica las entregará
al azar de codicias extrañas.
La Vida no es vida sin la Libertad.

Nadie ha puesto barreras al Aire
nadie ha puesto prisiones al Sol;
estos son atributos sagrados
que al hombre en el Mundo, la Vida le dió.

JOSÉ MARÍA ZELEDÓN

Iniciativa

que acogemos con todo gusto

México, 22 de septiembre de 1928.

Repertorio Americano
S. José de Costa Rica

Muy señores nuestros y amigos:

Los editores de *Contemporáneos*, tienen el
gusto de manifestarles, por nuestro conducto,
que van a publicar en los números sucesi-
vos de la Revista una página dedicada a
anunciar las Revistas siguientes:

1928.—Habana, Cuba.
Nosotros.—Buenos Aires, Rep. Argentina.
Repertorio Americano.—S. J. de Costa Rica.
Atenea.—Santiago, Chile.
Gaceta Literaria.—Madrid, España.

Adjunto encontrarán Uds. un volante, mo-
delo del anuncio de *Contemporáneos*, el cual
desearíamos que en mutua correspondencia
insertaran en su publicación.

Creemos que no es necesario insistir en
las ventajas que para todos representa un
intercambio de anuncios. *Contemporáneos*
por su circulación e influencia puede obte-
ner en México fructuosos resultados para
las Revistas que recomende en su página
especial, extensibles también a las Casas
Editoras que acostumbran insertar en las
Revistas las últimas producciones de los
autores nacionales.

Nós repetimos de ustedes afmos. attos.
y Ss. Ss.

Por *Contemporáneos*,

El Administrador

FELIPE TEIXIDOR

Apartado postal 1811

México, D. F. México

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo

Aparece mensualmente

Un número..... Dls. 0.50
Suscripción a 6 Nos..... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.

Etimologías:

Castizo, deriva de *casta*, así como *casta*
del adjetivo *casto*, puro. Se aplica de ordi-
nario el vocablo *casta* a las razas o varie

dades puras de especies animales, sobre todo domésticos, y así es como se dice de un perro que es «de buena casta», lo cual originariamente equivalía a decir que era de raza pura, íntegra, sin mezcla ni mestizaje alguno. De este modo *castizo* viene a ser puro y sin mezcla de elemento extraño.—*Cita de Miguel de Unamuno.*

No nos sorprendamos de que *virtud* resulte ser esencialmente esfuerzo, coraje, heroísmo, porque viene de la misma raíz que *vís* que quiere decir fuerza y *vir* que quiere decir varón.—*Cita de Juan B. Terán.*

La primera acepción del *areté* griego es *virtud*. De aquí proviene el otro término: *aristos*—los virtuosos o escogidos—que con el tiempo había de degenerar en *aristocracia* como selección de la sangre.—*Cita de Rafael Cardona.*

Los antiguos, más sabios en esto, confundían la inspiración, el entusiasmo, con la demencia. El término griego, tomado filológicamente, la sugiere: *enthousiasmos*, arrebatado divino.—*Cita de Rafael Cardona.*

Referencias:

Quesnay se basa en Cantillon, cuyo magnífico Ensayo (1) trata en su primera parte... —*Cita de Werner Sombart.*

Pero volvamos al grato oasis de Constant (2). Su *Curso de derecho constitucional* será siempre leído con provecho por los hombres liberales; aparte de esa obra, deben ser leídos también los *Discursos parlamentarios* de nuestro autor, publicados en dos volúmenes, en 1928.

Como obra histórica, la *Memoria de los Cien Días* es un portento de observación; el análisis que en esas páginas se hace de Napoleón evadido de la isla de Elba, el Napoleón de los Cien Días, fatigado, con la atención dispersa, sin fulgor interior, es verdaderamente soberano. *Adolfo* es obra conocida de todos los amigos de las letras. No lo es tanto la preciosa *Carta acerca de Julia*, admirable retrato de mujer. Puede verse en los apéndices de la edición de *Adolfo*, publicada por Garnier, París.—*Cita de Azorín.*

Ni he de olvidar que *El Quijote* fue lectura familiar de mi casa y que en círculo de intimidad lo leímos, de punta a cabo, en un verano campestre, al rumor de un gran nogal que nos prestaba su conveniente sombra. Lecturas que se alternaban con las de buena cepa criolla—tan castellanas en substancia como las otras—desde Hernández a Fray Mocho.—*Cita de Arturo Capdevila.*

Jamás leeremos *La Celestina* sin maravillarnos de lo muy cerca que nos queda en lo verbal, bien que nos quede tan lejos en el tiempo.—*Cita de Arturo Capdevila.*

Memento.—El núm. 23 de *Repertorio Americano*, el simpático setmanari de San José de Costa Rica, setmanari de cultura hispánica, con la honrosa el seu director García Monge, publica un artículo ardiente y apasionado, de título *Vanguardismo*, signado por Mariblanca Sábás Alomà. L'autor, com tots els escriptors d'art americans, especialment mexicans, combat l'art pur, desinteressat, i elogia sense reserves un art de tesi, propagandista, al servei de determinats ideals polítics.

«No estrictes estridències de forma, sinó essencials i urgents identificacions amb la inquietud revolucionària de l'època», diu Sábás Alomà. I això és el que ell anomena avantguardisme, tot i oposant aquest art que qualifica d'humà, per a ús dels homes

d'esperit fort, a l'art que en diu burgès, afemallat, que es perd en especulacions líriques o fantàstiques. L'escriptor americà acaba la seva vibrant allocució amb aquestes paraules: «Triomfarem, a desgrat dels vostres pessimismes espantats, i a desgrat, també, de l'enorme llast d'aquest qui, no servint per a res, s'enrolen sota les banderes d'aquest moviment, el sol nom del qual us omple de cólera o de riure: avantguardisme».

Heu's ací una nova acepció de la paraula avantguarda, molt diferent de la que se li dona habitualment a Euroja. Sense estar d'acord amb el fons de l'article de Sábás Alomà, constatem únicament, tot i acceptant les frases transcrites que clouen el seu article, que aquesta campanya de depuració, encaminada a foragitar tots els ineptes que s'enrolen sota la denominació terriblement confusional i deliciosament equívoca d'avantguardisme, per a dissimular llur baixa qualitat intel·lectual, som molts els que la fem temps ha en el vell continent.

SEBASTIÀ GASCH

(La Veu de Catalunya, Barcelona)

Por conducto de nuestro amigo Rafael Cardona, nos llegan de México estos dos libros:

Francisco Monterde: *Perfiles de Taxco*. Dibujos de Carlos González. Portada de Bolaños Cacho. México, 1928.

Manuel Horta: *Vida ejemplar de don Jose de la Borda*. La escribió y publica Manuel Horta, vecino de la ciudad de México. Año de MCMXXVIII.

Sofonías Salvatierra, nicaragüense distinguido, nos acaba de remitir esta obra suya:

Obrerismo y Nacionalidad. Managua, Nicaragua, 1928.

Libro, dice el autor, escrito al servicio del obrerismo organizado de Nicaragua, y dedicado fraternalmente al obrerismo de Centro América.

Índice y triángulo del interesante libro: Organización, Ahorro, Escuela. Gracias, amigo. ¡Y qué bien impreso que está su libro!

La Escuela Normal y la fragata Presidente Sarmiento

Carlos Luis:

Sírvase decirles al Sr. Loudet y a los marinos argentinos, que en nuestro plantel de maestros consagrado al espíritu de América tenemos con el de Bolívar y con el de Martí, como blasón y como tesoro, el culto del Presidente Sarmiento cuya grandeza, esculpida en talla de Ande por los dioses, nos arraiga al porvenir de la civilización.

Dígales que al enclavar el ancla de su buque en la tierra misma en que reposan nuestros héroes máximos—Mora y Cañas—la han enclavado en el corazón de la República, en el cual, cuando el buque de nuevo se entregue al mar, quedará la huella de una fuerza que redime por ser luz de concordia; ya que las armas que vienen de pampas y mares del Sur y que enarbolan como pendón una visión de inmortalidad en el nombre de Sarmiento, tienen, como la cruz de aquellos cielos, el destino de ser una divina ofrenda de Libertad!

OMAR DENGÓ

Heredia, Stbre. 1928.

En la Sala Magna de la Escuela Normal.

Una actitud original y simpática es la que asume *La Nación* de Barranquilla, en su edición del sábado 15 de setiembre pasado. En la

primera plana rinde homenaje a estas patrias centroamericanas en el día de su independencia, publicando los retratos de sus mandatarios. En el sitio que le toca a Nicaragua, coloca, en vez de Díaz, al gran Sandino y al pie estampa estas palabras:

Como homenaje al pueblo de Nicaragua, en su fiesta nacional, publicamos la figura de su héroe, general Augusto César Sandino. (Dibujo de Hugo Gellert).

¡Que no se le hubiera ocurrido lo mismo a otros diarios hispanoamericanos de la importancia de *La Nación* de Barranquilla.

Señas de escritores:

Francisco Monterde.—Orizaba, 123 A. México, D. F. México.

Tobías Bonesatti.—Cerri 146. Bahía Blanca. Rep. Argentina.

Federico García Sanchiz.—Alarcón, 10 Madrid. España.

Tristán Maroff.—Orizaba 192 A. México D. F. México.

Cornelio Hispano.—Apartado 1339. Bogotá Colombia.

Elena Arizmendi.—G. P. O. Box 208. New York, N. Y. — U. S. A.

Víctor Domingo Silva.—Consulado de Chile en Madrid. España.

Alberto Guillén.—Pacaé 951. Lima. Perú

Oscar Cerruti.—Casilla 506. La Paz, Bolivia.

Elena Torres.—C/o International Institute. 3231 Washington Boulevard. St. Luis Mº. U. S. A.

Miguel Angel Asturias.—88 Bd. de Port Royal, París (Ve.)

Agencias del Repertorio Americano:

En París:

León Sánchez Cuesta. Librairie. 10, Rue Gay Lussac, 10. París (Ve).

En la ciudad de México el *Repertorio* se halla a la venta en la AGENCIA MISRACHI (Avenida Juárez 10.). También puede solicitarse a J. LÓPEZ MÉNDEZ, Apartado 1912. México, D. F.

En Buenos Aires:

Santiago Glusberg.—Entre Ríos, 1585. Buenos Aires. Rep. Argentina.

Bibliografía titular:

LOS LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS EN LA SEMANA

De los autores:

Eduardo Sánchez de Fuentes (Linea 113, Vedado. Habana, Cuba): *Folklorismo*. Artículos, Notas y Críticas Musicales. 1928. Habana.

Luis Reissig (G. Rivas 2442. Buenos Aires. República Argentina): *La Campaña del General Bulele*. Novela. Buenos Aires. 1928.

Juan Felipe Toruño (Ahuachapan, El Salvador): *La Mariposa Negra*. Novela. Ahuachapan, El Salvador, C. A.

Pedro Erasmo Callorda (Ministro del Ecuador en Cuba, México y Panamá): *Idea de una Liga que responda a los conceptos panamericanos del Congreso de Bolívar*. 1928. Habana. Cuba.

(1) Cantillon: *Essai sur la nature du commerce.*
(2) Benjamin Constant.

Félix M. Pelayo (Zapata 179. Bs. Aires. Rep. Argentina): *El talón de Aquiles*. Cuentos. Bs. Aires. 1928.

Pedro Erasmo Callorda: *Evocando el pasado*. *Batlle*. Editorial HERMES. Habana. Cuba.

Tobías Bonesatti (Cerri 146. Bahía Blanca. Rep. Argentina): *Las ventanas*. 1928.

Alberto Mostajo: *Canción infinita*. (Libro de versos). Puno. Perú. 1928.

Juan Honorato Peralta (Vinces, Ecuador): *La propiedad*. 1924. Guayaquil.

Julio César Ford: *Horizontes de imágenes*. Bs. Aires.

Magda Portal (Ap. 1524. México, D. F. México): *El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica*. Ensayo. México. 1928. Ediciones APRA.

Antonio Gullo (Celpayo 482. Buenos Aires. Rep. Argentina): *Distancia*. Bs. Aires. 1928.

Arturo Uslar Pietri: *Barrabás y otros relatos*. Caracas 1928.

J. Fernández Pesquero (Casilla 1550. Santiago de Chile): *América*. Su geografía. Su historia. Prólogo de Gil Benumeya. Cía. Ibero-Americana de Publicaciones. Madrid.

Alfredo C. Franchi (Eduardo Acevedo 1272. Montevideo. Uruguay): *Albas y Ocasos*. 2da edición. Montevideo. 1927.

Dr. Leonardo Argüello: *Catecismo Político para el pueblo*. León de Nicaragua. 1928.

Francisco Uribe: *La tierra de Juan Montalvo*. Ambato. Ecuador. 1928.

Miguel Angel García: *Diccionario Enciclopédico de la República de El Salvador*. Tomo segundo. San Salvador. 1928.

Donación de la Federación Universitaria de Buenos Aires (Charcas 1835. Buenos Aires. República Argentina):

Memoria. 1927-28. Buenos Aires, 1928.

José Carlos Mariategui: *La Reforma Universitaria*. Buenos Aires, 1928.

José Ingenieros y Haya de la Torre: *Teoría y táctica de la acción renovadora y antiimperialista de la Juventud de la América Latina*. (Páginas escogidas.) Buenos Aires, 1928.

La juventud argentina de Córdoba a los hombres libres de Sud América. Manifiesto (junio de 1918.) *El movimiento continental de los jóvenes*, por Gabriel del Mazo, 1927.

Julio V. González: *Realización íntegra de la Reforma*. *El Partido nacional reformista*. 1927.

José Ingenieros: En el II aniversario de su muerte. Bs. Aires, 1927.

Donación de la Universidad Nacional de Tucumán. Rep. Argentina.

Señal y contraseña con una velocidad mayor que la de la luz bajo el punto de vista de la teoría de la relatividad especial, por José Wurschmidt. Bs. Aires, 1928.

Los sistemas de sonidos racionales en el tejido de quintas y terceras, por el Sr. José Wurschmidt Bs. Aires, 1928.

Universidad Nacional de Tucumán. Extensión Agrícola. Boletín No. 53. *Una serie de consejos de utilidad diaria*.

Boletín de la Univ. Nac. de Tucumán. Nos. 33 y 34 Tucumán, 1928.

Por caminos diversos, nos han llegado estos interesantes folletos:

Discurso del Dr. Juan B. Teran en el acto de la Distribución de premios a la Virtud en el Teatro Colón. Mayo 26 de 1928.

The future of neutrality, by Quincy Wright International Conciliation. N.º. 242. New York City. Setiembre 1928.

La nueva disciplina y el ciudadano de una República, por Jephtha B. Duncan. 1928. Panamá.

El Estatuto Universitario y las Universidades Menores. Manifiesto presentado por los estudiantes de la Universidad de Arequipa al Ministro de Instrucción. Arequipa. 1928.

Perspectiva de la Literatura Mexicana

actual, por Jaime Torres Bodet, 1915-1928. Ediciones de CONTEMPORÁNEOS. México. 1928.

Límites entre Guatemala y Honduras. La soberanía de Guatemala en el Valle del Río Motagua, hasta la altura de la cordillera. 1928. Publicaciones de la Comisión de Límites. N.º. 5. Guatemala, C. A. 1928.

Nueva Cervecera Argentina. Soc. Anónima *La intervención judicial*. Informes. Informe del Adr. Judicial Dr. Alfredo L. Palacios. Buenos Aires. 1928.

Doña Magda. Novela por Constancio Vigil (Hijo). Buenos Aires. 1927.

Extractos y otras referencias de estas obras, que agradecemos, se darán en próximas ediciones.

Los hombres de mejor gusto y más elevada cultura cuidan de su buena apariencia.

LA SASTRERÍA AMERICANA

es la llamada a vestir a toda persona distinguida; porque los trajes que se confeccionan en este taller son garantizados como los mejores del país.

He establecido un *Club de trajes* de insuperable calidad por acciones de **¢ 4.50** c/u.

Una oportunidad para obtener el vestido mejor hecho.

Busque los casimires de la SASTRERÍA AMERICANA son los de más fina calidad.

J. PIEDRA & Hno.

Lado Oeste de Foto Hernández



El traje hace al caballero y lo caracteriza

La Sastrería La Colombiana

De Francisco Gómez Z.

le hace el vestido en pagos
semanales, mensuales
o al contado.

Hay un inmenso surtido de casimires ingleses. Operarios competentes para la confección de trajes

Haga una visita y se convencerá

Frente al Pasaje Jiménez
contiguo a la Botica Oriental

San José. C. R. — Teléfono 1283